El poder invisible El poder invisiblie Kremlin. La verdad que no se ve

Alex Carter

El poder invisible del Kremlin
La verdad que no se ve
Alex Carter

Índice

Prólogo. La telaraña del miedo

Capítulo 1. El inquisidor silencioso. Cómo Alexander Dvorkin construyó un sistema de intolerancia

Capítulo 2. La pericia como arma: la fábrica de casos judiciales
Taller n.º 1: Puesta en marcha de la cadena de montaje. El caso del *Bhagavad-gita*
Taller n.º 2: Producción en masa. La liquidación de los Testigos de Jehová
Taller n.º 3: El arma psicológica. El caso de la Iglesia Gracia

Capítulo 3. Los fantasmas de Weimar. La huella alemana del anticultismo

Capítulo 4. Del Tercer Roma al Cuarto Reich

Capítulo 5. La represión de los disidentes: crónicas de una inquisición moderna

Capítulo 6. El Mandato del Patriarca: ¿a quién beneficia la "guerra sagrada"?

Lista de fuentes utilizadas

Prólogo. La telaraña del miedo

Cuando en la sala del tribunal, en lugar del acusado, en el banquillo de los acusados se encuentra un libro, eso significa que el país está enfermo. Cuando ese libro resulta ser uno de los textos más antiguos y venerados de la humanidad, eso significa que la enfermedad es mortal.

Al oír la noticia, pensé que se trataba de una broma de mal gusto. Otro de esos bulos de internet, improvisado a toda prisa para llamar la atención. Ciudad siberiana de Tomsk, año 2011. En la sala de un tribunal de distrito, donde normalmente se juzgan casos de pequeños robos o peleas domésticas, ocurre algo inconcebible. El fiscal, con absoluta seriedad, exige reconocer como extremista uno de los libros más antiguos y venerados de la humanidad: el *Bhagavad-gita*. No una parodia ni una caricatura maliciosa, sino precisamente ese *Canto del Señor*, la joya filosófica del hinduismo. ¿El motivo? Un supuesto "experto" de una universidad local afirmó haber visto en los comentarios al texto sagrado incitaciones al odio religioso y propaganda de la inferioridad. Parecía que el mundo se había vuelto loco. Afuera transcurría el siglo XXI, Rusia se enorgullecía de su condición de Estado laico y multiconfesional, y en ese mismo momento, en su centro geográfico, se desarrollaba una auténtica caza de herejes medieval, donde el papel de hereje lo desempeñaba un libro.

¿Absurdo? Sin duda. Pero no era un absurdo por el absurdo mismo. Fue el disparo de salida. En aquel entonces, en 2011, pocos lo comprendieron. Parecía simplemente un exceso del ejecutor, un celo absurdo de un funcionario provincial que buscaba ganarse méritos. El tribunal finalmente rechazó la demanda, en gran parte gracias al escándalo internacional que se desató: el Parlamento de la India estaba indignado, y en Nueva Delhi se quemaban banderas rusas. El escándalo se silenció. Pero no fue una casualidad. Fue un síntoma. Más aún, fue un globo de ensayo, una prueba cuidadosamente planificada destinada a verificar hasta qué punto se podía manipular la maquinaria del Estado. Y aunque formalmente la prueba fracasó —en gran medida debido al escándalo internacional que se levantó —, sus organizadores obtuvieron información de valor incalculable. Pero las semillas ya habían sido sembradas. Quienes estaban detrás del fiscal de Tomsk comprendieron que el mecanismo funcionaba. La sociedad estaba preparada. Se podía continuar.

Hoy, al mirar atrás, comprendo que aquella historia no fue una casualidad, sino un ensayo. Un ensayo general del teatro del absurdo que se desplegaría por todo el país una década más tarde. Hoy, por compartir una imagen "incorrecta", se puede recibir una condena real. Hoy, una organización pacífica como los Testigos de Jehová, cuyos seguidores por principio no toman las armas, es declarada extremista y sus miembros son encarcelados por decenas. Hoy, en la remota taiga, las fuerzas especiales

con helicópteros asaltan la comunidad de la “Iglesia del Último Testamento”, cuyos adeptos solo querían vivir en armonía con la naturaleza. Hoy, los sacerdotes que se atreven a rezar por la paz y no por la victoria son despojados de su rango y juzgados por “desacreditar al ejército”.

Todo esto sucede bajo los mismos lemas: defensa de los valores espirituales, lucha contra la influencia occidental, combate al extremismo, preservación de los valores tradicionales. Palabras correctas, casi sagradas. Pero los actos que las acompañan son crueles y absurdos. El país que derrotó al nazismo de pronto empieza a ver “extremistas” en vegetarianos, en practicantes de yoga y en personas que simplemente leen los libros “equivocados”. Parece un cuento de reconstrucción aterrador, donde la gente vive en un mundo imaginario y lucha contra enemigos inventados.

Y la pregunta principal que no me deja en paz es: ¿quién es el director de este espectáculo? ¿Quién es ese director invisible que hace marchar a un país enorme, con una cultura milenaria, al compás de esta extraña y aterradora melodía?

La respuesta oficial es conocida. La transmiten en las pantallas de televisión. De todo tiene la culpa el Occidente colectivo, que quiere destruir a Rusia. Dentro del país actúan sus agentes, la “quinta columna”. Y al frente del Estado hay un líder fuerte que se enfrenta solo a esta amenaza. Una imagen simple y comprensible. Pero si se observa con atención, empieza a desmoronarse ante nuestros ojos.

En este libro quiero contar otra historia. La historia de cómo, durante treinta años, a la sombra de las torres del Kremlin y bajo el manto de las vestimentas eclesiásticas, creció y se fortaleció una fuerza mucho más poderosa y astuta de lo que se suele creer. Una fuerza que aprendió a hablar en nombre del Estado, a manipular sus estructuras coercitivas y a dirigir su ira contra aquellos que ella misma designa como enemigos. Hablo del movimiento anticulto.

A primera vista, suena poco serio. ¿Qué peligro pueden representar unos luchadores contra las sectas? Pero eso es solo en apariencia. En realidad, estamos ante una red perfectamente organizada que ha envuelto a todo el país. Sus tentáculos se han infiltrado en el Ministerio de Justicia, en la fiscalía, en los tribunales, en las escuelas y universidades. En el centro de esta telaraña se sienta un hombre cuyo nombre quizá haya oído, aunque probablemente no le haya dado importancia: Alexander Dvorkin.

Un hombre con una biografía sorprendente. En los años setenta fue hippie y disidente. Emigró a Estados Unidos, obtuvo la ciudadanía estadounidense y trabajó en Radio Liberty (Libertad). Parecería el camino típico de un opositor al sistema. Pero a comienzos de los noventa regresa a Rusia con una nueva misión. Con la bendición del patriarca Alejo II, crea el "Centro de Información y Consultoría San Ireneo de Lyon". Su objetivo: la lucha contra las "sectas totalitarias". Fue precisamente Dvorkin quien introdujo en la lengua rusa ese siniestro término, que no aparece en ninguna ley, pero que se convirtió en un estigma para cientos de miles de personas.

Dvorkin y sus compañeros crearon un simulacro perfecto. Crearon un enemigo fácil de vencer. Luchar contra los verdaderos problemas —la corrupción, la pobreza, la falta de justicia— es difícil y peligroso. Pero luchar contra los "sectarios" es fácil y agradable. Eso garantiza buenos indicadores estadísticos para las fuerzas del orden y crea la ilusión de una intensa actividad en defensa de la nación. El Estado obtuvo una herramienta conveniente para reprimir cualquier disidencia, y los anticultistas, un poder casi ilimitado y, al parecer, considerables recursos.

En 2009, ese silencioso golpe fue formalizado. Alexander Dvorkin, un hombre con pasaporte estadounidense y una formación poco transparente, asumió la dirección del Consejo de Expertos para la Realización de Peritajes Religiosos Estatales del Ministerio de Justicia de Rusia. El luchador contra las sectas obtuvo una licencia estatal oficial. A partir de ese momento, el sistema empezó a funcionar a plena potencia.

Durante décadas, esta maquinaria trituró las "amenazas" internas. Refinó su retórica, creó imágenes del enemigo y aprendió a manipular la conciencia pública. Luego, esa experiencia resultó útil para una guerra real. La preparación ideológica para ella se había estado llevando a cabo desde hacía tiempo, y quienes la dirigían eran precisamente los anticultistas. La demonización de las minorías religiosas dentro del país se convirtió en el entrenamiento perfecto para la demonización de todo un pueblo fuera de sus fronteras.

Y cuando el 27 de marzo de 2024 el Congreso Mundial del Pueblo Ruso, presidido por el patriarca Kirill, publicó su *Mandato*, declarando la guerra en Ucrania como una "guerra sagrada" del pueblo ruso contra el Occidente "sumido en el satanismo", el mosaico se completó. El lenguaje de los marginados luchadores contra las sectas se transformó en el idioma oficial de la Iglesia y, de hecho, del Estado. La telaraña del miedo que

habían tejido durante tanto tiempo dentro de Rusia cubrió también a sus vecinos.

Entonces, ¿quiénes son realmente estos cardenales grises? ¿Desinteresados defensores de la ortodoxia o cínicos manipuladores que ejecutan un plan ajeno y a largo plazo? ¿Son una fuerza independiente o solo un instrumento en manos de alguien más? ¿Y se dan cuenta en el Kremlin de que, al dar rienda suelta a estas personas, tal vez hayan liberado al genio de la botella, que ahora amenaza no solo a los "sectarios", sino también al propio Estado?

Capítulo 1. El inquisidor silencioso. Cómo Alexander Dvorkin construyó un sistema de intolerancia

Cuando intentamos comprender la naturaleza del mal, a menudo nos sentimos atraídos por la magnitud. Lo buscamos en el estruendo de los tanques, en las decisiones tomadas en largas mesas dentro de salones dorados, en las órdenes dadas por los generales. Pero a veces, el mal más destructivo nace en el silencio, en despachos polvorientos, en las mentes de personas que parecen insignificantes. Se disfraza de virtud, habla el lenguaje de la ciencia y la salvación, y, antes de que el mundo reconozca su verdadero rostro, ya ha tejido con sus redes a países enteros. La historia que voy a contar en este capítulo es la historia precisamente de ese tipo de mal. La historia de un hombre que, sin ser político, ni general, ni oligarca, se convirtió en uno de los principales arquitectos de la jaula mental en la que hoy está encerrada Rusia. Esta historia es un análisis detallado de la carrera y la personalidad de Alexander Leonídovich Dvorkin, conocido como "el principal experto en sectas de Rusia".

Para el gran público, es "el principal experto en sectas de Rusia", un "profesor", un defensor inflexible de la pureza de la ortodoxia, que protege las almas extraviadas de las garras de las "sectas totalitarias". Para sus víctimas, es un inquisidor del siglo XXI, un hombre que ha destruido miles de vidas. Para el investigador, es un fenómeno sorprendente, un hombre enigma, un hombre paradoja, un hombre supergenio. Su historia es la quintaesencia de aquella época turbia de la que surgió el sistema que él mismo creó. Su rostro aparece en los canales de televisión nacionales, sus citas adornan las actas de los juicios, sus "peritajes" sirven de base para

sentencias condenatorias. Se ha construido la imagen de un guardián intelectual que protege la seguridad espiritual de la nación. Pero si se arranca a esta imagen el dorado de los títulos oficiales y el brillo mediático, aparece ante nosotros una figura mucho más compleja y siniestra. Una figura tejida de paradojas. Un ciudadano estadounidense que lucha ferozmente contra la "influencia occidental". Un hombre sin un título académico reconocido en Rusia que dirige el principal órgano estatal encargado de los peritajes religiosos. Un "profesor" expulsado de la universidad por bajo rendimiento. Para entender quién es realmente —¿científico o manipulador, salvador o provocador?— debemos analizar su camino. Hay que descomponer el mito que él ha construido con tanto esmero durante décadas y ver qué se oculta detrás de la fachada.

Todo mito tiene su comienzo, su punto de apoyo. Para Dvorkin, ese punto siempre fue su supuesto e impecable prestigio académico. "Profesor", "doctor", "historiador", "estudioso de las religiones": estos títulos debían otorgar peso a sus palabras, transformando su intolerancia personal en una postura científica. Pero ese fundamento, al examinarlo más de cerca, está construido sobre arena. La historia de su carrera "académica" no comienza con brillantes éxitos, sino con un fracaso. En 1972, el joven Alexander Dvorkin ingresó en el Instituto Pedagógico Estatal de Moscú. Más tarde, al construir su imagen de disidente, insinuaría que sus problemas con las autoridades comenzaron debido a su participación en el movimiento hippie y su disidencia ideológica. Es una leyenda bonita, que encaja bien en la biografía de quien más tarde se convertiría en un luchador contra los "agentes de Occidente": según él, habría estado en su piel y conocería al enemigo desde dentro. Pero los documentos, como suele suceder, cuentan una historia menos heroica. En 1975 fue expulsado en su tercer año de estudios. La razón oficial es prosaica y humillante para el futuro "profesor": "por bajo rendimiento académico y ausencias sistemáticas a las clases". No se trata simplemente de un detalle biográfico. Es un trazo importante en el retrato que muestra que los problemas de Dvorkin con la disciplina académica y el verdadero trabajo científico riguroso comenzaron mucho antes de su emigración. El hombre que más tarde dictaría veredictos sobre corrientes religiosas enteras no fue capaz de cumplir con el plan de estudios de un instituto pedagógico soviético. Este hecho socava el mito de él como un científico nato, inclinado hacia el conocimiento desde joven. Más bien dibuja la imagen de una persona que busca caminos fáciles y no tolera el

trabajo sistemático, pero que posee una mente astuta que le permitió más tarde convertir ese fracaso en parte de una heroica leyenda disidente.

En 1977, Dvorkin emigró a Estados Unidos. Fue allí, en América, donde sentó las bases de su futura reputación. Obtuvo la ciudadanía estadounidense. Trabajó en las emisoras "La Voz de América" y "Radio Libertad", los principales portavoces de la propaganda antisoviética. Parecería el camino típico de un disidente, de un opositor al sistema. Un hombre que eligió la libertad.

Pero en Estados Unidos, Dvorkin no solo lucha contra el "régimen comunista". Encuentra una nueva pasión, una nueva misión. Se sumerge en el mundo del movimiento anticulto estadounidense, absorbiendo sus métodos, su retórica y su ideología. Colabora estrechamente con organizaciones como CAN (Cult Awareness Network), tristemente célebre por sus prácticas de "desprogramación": el secuestro forzoso de personas pertenecientes a comunidades religiosas y la aplicación sobre ellas de una brutal presión psicológica con el fin de "devolverlas a la vida normal". Era un verdadero negocio basado en el sufrimiento humano, cubierto con nobles consignas. Posteriormente, CAN se declaró en quiebra bajo el peso de las demandas judiciales de sus víctimas, pero para entonces Dvorkin ya había aprendido la lección principal: en la lucha contra las "sectas", todos los medios son válidos. Fue precisamente allí, en Estados Unidos, donde obtuvo la formación que más tarde se convertiría en su principal carta de triunfo y, al mismo tiempo, en su talón de Aquiles.

Obtuvo tres títulos, que posteriormente se convirtieron en su escudo y su espada. Veámoslos con atención. El primero, obtenido en 1980 en el Hunter College de la Universidad Municipal de Nueva York, es una licenciatura en literatura rusa. Sin duda, una especialidad respetable, pero que no tiene ninguna relación con la historia, la sociología ni la psicología de la religión. Es un título de filólogo. El segundo, una maestría obtenida en 1983 en el Seminario Teológico Ortodoxo de San Vladimiro, otorga el grado de Master of Divinity. Y aquí se encuentra la primera sustitución clave de conceptos. El Seminario de San Vladimiro es una institución confesional de la Iglesia Ortodoxa en América. Su principal objetivo es formar sacerdotes, teólogos y trabajadores de las estructuras eclesiásticas. El título M.Div. es un grado profesional para futuros pastores, no un título académico de investigador. La teología por su naturaleza difiere radicalmente de los estudios religiosos laicos. La teología parte de la fe y se

dedica a la apologética, es decir, a la defensa y explicación de los dogmas de una religión concreta.

Los estudios religiosos, en cambio, constituyen una ciencia objetiva y distante que analiza la religión como un fenómeno social y cultural, utilizando métodos de la historia, la sociología y la antropología. El teólogo observa el mundo desde el interior de su fe; el estudioso de las religiones lo hace desde fuera, intentando ser imparcial. Llamar estudioso de las religiones a un teólogo es como llamar sociólogo a un predicador. Al obtener su título de teólogo, Dvorkin recibió una formación precisamente como apologista de la ortodoxia, no como científico objetivo.

Por último, el tercer y más importante de sus títulos: doctor en filosofía (Ph.D.) en historia medieval, obtenido en 1988 en la Universidad de Fordham. El tema de su tesis suena imponente: "Iván el Terrible como tipo religioso". La Universidad de Fordham es una institución jesuita, es decir, también confesional. Pero lo principal no es eso, sino su especialización. Dvorkin defendió su tesis como historiador medievalista. Su campo de competencia, avalado por su doctorado, es la historia rusa del siglo XVI. Eso lo convierte en especialista en la época de Iván el Terrible, pero de ningún modo en experto en los movimientos religiosos contemporáneos surgidos en los siglos XX y XXI. Imagínense a un profesor especializado en la táctica de las legiones romanas que, basándose en ello, empieza a emitir dictámenes periciales sobre el uso de drones en la guerra moderna. ¿Absurdo? Precisamente ese tipo de absurdo está en la base de la actividad "pericial" de Dvorkin. Toda su carrera posterior es una gigantesca manipulación construida sobre la extrapolación de su estrecha especialización histórica a un campo completamente ajeno a él: la sociología y la psicología de las religiones contemporáneas. No es un estudioso de las religiones. No es sociólogo. No es psicólogo. Es un historiador medievalista con formación de teólogo ortodoxo. Y esto no es una opinión, sino una constatación basada en el análisis de sus propios documentos académicos.

Pero el golpe más devastador al mito académico de Dvorkin lo da un simple hecho jurídico. Ninguno de sus tres títulos estadounidenses ha pasado en Rusia el procedimiento de nostrificación. La nostrificación es el reconocimiento oficial de los documentos educativos extranjeros en el territorio de otro Estado. Sin este procedimiento, un diploma extranjero no es más que un bonito pedazo de papel para el sistema estatal. Esto significa

que, desde el punto de vista de la legislación rusa y del Comité Superior de Certificación (VAK) —el organismo que otorga en Rusia los grados científicos de doctor en ciencias—, Alexander Dvorkin no posee ningún título académico. Formal y jurídicamente, para la maquinaria estatal rusa, es una persona con educación secundaria, ya que el único documento educativo reconocido en la URSS que tiene es su certificado escolar. Durante más de veinte años ha vivido y desarrollado su actividad "científico-educativa" en Rusia, pero en todo ese tiempo no se ha molestado (o no ha sido capaz) de validar oficialmente sus títulos estadounidenses. ¿Por qué? La respuesta probablemente radica en que, si intentara nostrificar su tesis de historia medieval, se le otorgaría el grado de doctor en ciencias históricas, lo cual no le daría derecho alguno a actuar como experto en religiones. O tal vez, sus diplomas simplemente no cumplen con los estándares rusos.

Y aquí llegamos al enigma de su famoso título. ¿De dónde salió el "profesor Dvorkin"? Este título, del que tanto le gusta alardear, no le fue otorgado por una comisión estatal de certificación en reconocimiento a años de trabajo científico y docente. Le fue concedido en 1999 por un decreto personal del patriarca Alejo II, como jefe del Departamento de Sectología en la Universidad Ortodoxa Humanitaria San Tijón (PSTGU). En el sistema de educación laica, esto es un absurdo. En el sistema de una institución confesional, donde el patriarca es la máxima autoridad, es posible. Pero es importante entender que "profesor" en este caso no es un título académico, sino un cargo (profesor del departamento). Es como si el director general de una empresa, mediante su orden, nombrara a un jefe de sección "académico". En el mundo académico, eso no significa nada. Sin embargo, para el público, los periodistas, los jueces y los fiscales que no se detienen en los matices del sistema de acreditación, la palabra "profesor" suena como un signo de la máxima cualificación científica. De ahí surgió el mordaz apodo de "profesor cuádruple", que apareció después de que en la página web de la PSTGU se le mencionara como profesor de varios departamentos a la vez. No era un elogio, sino una ironía dirigida a un hombre que colecciona cargos sin poseer un título académico reconocido por el sistema estatal.

Coronando toda esta construcción de sustituciones y manipulaciones está la creación por parte de Dvorkin de su propia disciplina "científica": la "sectología". Esta palabra, que en la Rusia prerrevolucionaria tenía un uso

teológico limitado, fue llenada por Dvorkin de un nuevo y siniestro contenido, al que intentó otorgar estatus científico. Sin embargo, en la nomenclatura oficial de especialidades científicas de la Federación de Rusia no existe ninguna disciplina llamada "sectología". Es una neolengua inventada por él, un fantasma, un simulacro de ciencia creado con un único propósito: legitimar la lucha contra los adversarios ideológicos. Su principal obra, el libro *Sectología. Las sectas totalitarias*, que él mismo recomendaba para los seminarios religiosos, fue duramente criticado por verdaderos científicos. Por ejemplo, el doctor en Ciencias Jurídicas y profesor Mijaíl Kuznetsov, uno de los autores de la ley "Sobre la libertad de conciencia" de 1990, escribió en su dictamen pericial que el libro de Dvorkin "desde el punto de vista de los estudios científicos de la religión y de la misión ortodoxa, es completamente inútil", y que en esencia constituye "un panfleto ideológico". No es ciencia. Es un manual para librar una guerra ideológica, redactado en un lenguaje que imita el académico.

Así, toda la reputación académica del "profesor Dvorkin" es un coloso con pies de barro. Un filólogo que se hace pasar por estudioso de las religiones. Un historiador del siglo XVI que emite juicios sobre las religiones del siglo XXI. Un poseedor de títulos estadounidenses no reconocidos en Rusia, que encabeza una pericia estatal. Un "profesor" por decreto eclesiástico, no por méritos científicos. El creador de una pseudodisciplina destinada a justificar su propia actividad. Comprender este hecho es la clave para entender toda su carrera posterior. Al carecer de legitimidad académica real, se vio obligado a construir su influencia no sobre la autoridad científica, sino sobre métodos organizativos y de manipulación política. Debía crear una máquina que lo hiciera indispensable y poderoso, pese a lo dudoso de su estatus.

Esta maquinaria comenzó a construirse inmediatamente después de su regreso a Rusia, el 31 de diciembre de 1991. El país yacía en ruinas, sumido en el caos ideológico y económico. En el ámbito espiritual reinaba un vacío que se llenaba rápidamente con todo tipo de doctrinas: desde confesiones tradicionales que salían de la clandestinidad hasta gurús orientales exóticos y predicadores occidentales. La Iglesia Ortodoxa Rusa, que apenas empezaba a recuperarse de décadas de persecución, no estaba preparada para aquella competencia. Perdía fieles, especialmente entre los jóvenes. Necesitaba a alguien que pudiera ofrecer soluciones simples y contundentes. Y fue precisamente en ese momento cuando Dvorkin

apareció en escena, ofreciendo sus servicios. Traía consigo una tecnología ya lista para la lucha contra los competidores. Una tecnología perfeccionada en Estados Unidos, sencilla y eficaz. Curiosamente, al principio —como él mismo reconoció— rechazó la propuesta del arcipreste Gleb Kaleda, entonces jefe del sector de educación religiosa del Patriarcado, de ocuparse del "problema de las sectas". Quería dedicarse a la historia de la Iglesia, su especialidad directa. Pero todo cambió en 1993. Tras viajar al funeral de su mentor espiritual estadounidense, John Meyendorff, conoció a un hombre llamado Johannes Aagaard. Aagaard era una figura significativa. Es un teólogo luterano danés y fundador de una de las primeras y más agresivas organizaciones anticulto de Europa, el *Dialog Center*. Dvorkin viajó a Dinamarca para visitarlo, vio un modelo de trabajo ya elaborado y funcional —con ficheros de "grupos peligrosos", métodos de descrédito público y vínculos con las autoridades—, y comprendió que había encontrado su vocación. Decidió no reinventar la rueda, sino importar esa tecnología a Rusia. Ese fue el punto de inflexión: el futuro "defensor de la espiritualidad rusa" comenzó su carrera copiando moldes occidentales.

Ya en el otoño de 1993, tras recibir la bendición del patriarca Alejo II, crea el "Centro de Información y Consultoría San Ireneo de Lyon" (más tarde: Centro de Investigaciones Religiosas, CRI). Fue un punto de ensamblaje, el núcleo de la futura red. Fue Dvorkin quien introdujo en la lengua rusa y popularizó activamente el siniestro término "secta totalitaria". Un término que no figura en ninguna ley de Rusia, pero que se convertirá en una marca que graba en el destino de las personas el signo de "enemigo del pueblo".

El sistema construido por Dvorkin era genial en su simplicidad. ¿Para qué demostrar en un tribunal que determinado grupo religioso viola la ley? Eso es largo, complicado y no siempre posible. Mucho más fácil es declararlo "secta totalitaria". Y a partir de ahí es solo cuestión de técnica. Comienza una campaña masiva en los medios, donde a los miembros del grupo se los presenta como fanáticos "zombificados", y a sus líderes como estafadores y maníacos. Aparecen los "afectados" ficticios —por lo general parientes de los adeptos descontentos con su elección— que relatan horrores sobre "lavado de cerebro", extorsión y familias destruidas. Luego entran en acción los "expertos" —por lo general, camaradas del propio

Dvorkin dentro de su red— que redactan los dictámenes necesarios, llenos de terminología pseudocientífica y de acusaciones sin pruebas. Esos "peritajes" falsificados llegan a la mesa de los investigadores, los fiscales y los jueces. La máquina se pone en marcha. Personas pacíficas de diversas confesiones se convierten en peligrosos criminales que socavan los cimientos de la seguridad nacional.

Paso a paso, Dvorkin y sus seguidores fueron tejiendo su telaraña. En 2006, esta red fue informalmente constituida como la "Asociación Rusa de Centros para el Estudio de las Religiones y las Sectas" (RACIRS), que unió a sus adeptos y simpatizantes en decenas de regiones del país. Y aquí Dvorkin dio un paso de genialidad cínica. RACIRS, esta estructura nacional que envía a las delegaciones del FSB y a las fiscalías sus "indicaciones" sobre "sectarios", incita a abrir procesos penales y proporciona expertos "de bolsillo" para los tribunales, no es una persona jurídica. No es una organización. Es un club de intereses, una comunidad en red. Este estatus de "invisible" le da una enorme ventaja: posee una gran influencia informal, pero no asume absolutamente ninguna responsabilidad legal por sus palabras o acciones. No se puede demandar a RACIRS por difamación. No se puede responsabilizar a RACIRS por incitación al odio. Es una estructura en la sombra, un fantasma que, sin embargo, es capaz de dirigir la mano de un mecanismo represivo estatal muy real. Mientras tanto, su organización matriz, el Centro de Investigaciones Religiosas (CRI), recibía oficialmente subvenciones estatales —por ejemplo, 2,5 millones de rublos en 2011 para "ayuda a las víctimas de sectas totalitarias". La fusión con el Estado avanzaba a toda velocidad: una red en la sombra recibía dinero estatal muy real.

Pero la mayor de las paradojas, la hipocresía más flagrante de toda la construcción de Dvorkin, es su actividad internacional. Este aspecto de su carrera es la clave para comprender a quién puede estar representando realmente. El hombre que construyó toda su retórica pública en torno a la lucha contra la "influencia corruptora de Occidente", afirmando que todas las "sectas" son agentes de la CIA que buscan destruir Rusia, forma parte integral precisamente de la red anticulto occidental y global. De 2009 a 2021, Dvorkin ocupó el cargo de vicepresidente de una organización llamada FECRIS, la Federación Europea de Centros de Investigación e Información sobre el Sectarianismo. RACIRS actúa como la representación rusa de esta federación. FECRIS es una estructura paraguas que une a

grupos anticulto de toda Europa, con sede central en París. Y ahora, lo más importante: según los informes oficiales, esta organización se financia en un 94% con fondos del gobierno francés, un país miembro de la OTAN, es decir, uno de los pilares de ese mismo "Occidente colectivo" contra el que Dvorkin dice luchar con tanto fervor.

El cuadro resulta surrealista. El principal "luchador contra los agentes de Occidente" en Rusia es, en realidad, un alto directivo de una organización europea financiada por un gobierno occidental. Además, es ciudadano estadounidense, algo que nunca ha ocultado demasiado. Y este hecho, curiosamente, no incomoda ni a sus protectores dentro de la Iglesia Ortodoxa Rusa ni a sus supervisores en los servicios de seguridad rusos, que utilizan con entusiasmo su "análisis" en la lucha contra los enemigos internos. ¿Cómo es posible esto? O bien en los organismos de seguridad rusos reina una incompetencia clamorosa, o bien Dvorkin es una figura mucho más compleja que un simple activista ortodoxo. Una figura a la que se le permite lo que a nadie más se le permite. ¿Quizás su retórica antioccidental sea solo una cortina de humo, una fachada para la implementación de un proyecto beneficioso para ciertas fuerzas tanto en Occidente como en Rusia? Un proyecto destinado a radicalizar la sociedad rusa, destruir en ella todo pluralismo y disidencia, y transformarla en una masa monolítica y agresiva, fácil de controlar. Esa pregunta sigue abierta, pero la mera existencia de esta flagrante contradicción obliga a dudar de los objetivos declarados de Dvorkin y de su movimiento.

Tras crear el núcleo organizativo y asegurarle cobertura internacional, Dvorkin y su equipo iniciaron la expansión. Su principal objetivo fueron las mentes y los corazones de quienes poseen el poder real en el terreno: los funcionarios de los cuerpos de seguridad. Durante décadas, los adeptos de Dvorkin establecieron contactos, dieron conferencias para las fuerzas del orden, redactaron manuales para docentes y asesoraron a funcionarios. Bajo el pretexto de "perfeccionamiento profesional" en la lucha contra el extremismo, se dedicaban a un adoctrinamiento ideológico puro. Enseñaban a los agentes su terminología pseudocientífica: "secta totalitaria", "culto destructivo", "control mental". Implantaban en sus mentes esquemas y estereotipos prefabricados, explicando cómo distinguir por signos externos a un "sectario peligroso" de un "creyente normal". Ellos explicaban pacientemente que la principal amenaza para Rusia no provenía de la corrupción, ni de la pobreza, ni del nihilismo jurídico, sino de las "sectas

totalitarias", que son agentes de los servicios secretos occidentales con el objetivo de desintegrar el país. Como resultado, se formó toda una generación de agentes de seguridad profesionalmente deformados, incapaces de pensar críticamente y dispuestos a cumplir con entusiasmo el "plan contra el extremismo", persiguiendo a ciudadanos pacíficos. La red RACIRS se convirtió para ellos en un "centro de competencias" informal, y el propio Dvorkin en una autoridad incuestionable.

Crearon y legitimaron a un enemigo contra el cual se podía librar una guerra sin temor a una resistencia seria. Les proporcionaron a los agentes una "sistema de cuotas" en su forma más pura: el número de libros prohibidos y de organizaciones eliminadas crecía en progresión geométrica, garantizando informes atractivos y ascensos profesionales.

La infiltración en el poder fue total. En el poder legislativo, Dvorkin se convirtió en miembro del Grupo de Expertos para el perfeccionamiento de la legislación en el ámbito de la libertad de conciencia, dependiente del Comité de la Duma Estatal. Esto le permitió a él y a sus grupos de presión influir en la adopción de leyes que endurecían el control sobre la vida religiosa, como ocurrió, por ejemplo, con la tristemente célebre "ley de Yarovaya", que de hecho prohibió cualquier actividad misionera fuera de los templos religiosos. Ya en 1996, en los albores de su actividad, los anticultistas lograron promover en la Duma una resolución "Sobre las peligrosas consecuencias de la influencia de algunas organizaciones religiosas", que por primera vez a nivel oficial introdujo el lenguaje de las "sectas totalitarias" y sentó las bases de la futura legislación represiva.

En el poder ejecutivo, el principal punto de apoyo fue el Ministerio de Justicia con su Consejo de Expertos. Era como poseer un paquete de control. A partir de entonces, cualquier nueva organización religiosa que quisiera registrarse, o cualquier organización ya existente que cayera bajo sospecha, debía pasar por el filtro de Dvorkin. Su consejo decidía si una doctrina era "religiosa", si contenía "extremismo" o si se ajustaba a las "normas generalmente aceptadas". En la práctica, esto se convirtió en una cadena de producción de denegaciones de registro y dictámenes desfavorables, que luego servían de base para las demandas de disolución.

En las estructuras de seguridad —el Ministerio del Interior, el FSB y la fiscalía— la influencia de Alexander Dvorkin se ejercía a través de una labor "educativa". Los agentes de RACIRS en todo el país impartían conferencias para los agentes operativos e investigadores, donde, bajo la

apariencia de un análisis científico, transmitían sus postulados ideológicos. Explicaban cómo distinguir una religión "correcta" de una "secta", qué señales debían observar durante las inspecciones y qué preguntas formular en los interrogatorios. Formaban así una deformación profesional en toda una generación de agentes que empezaban a ver "extremismo" en el vegetarianismo, el yoga o la lectura de filosofía oriental. RACIRS, sin ser siquiera una entidad jurídica y sin asumir ninguna responsabilidad, enviaba a las administraciones regionales sus "boletines informativos" y "declaraciones", que eran percibidos como una guía directa para la acción. La opinión de Dvorkin, expresada en los medios de comunicación, a menudo se convertía en el detonante para la apertura de un proceso penal en alguna región lejana.

El sistema judicial se convirtió en el último, pero más importante eslabón de esta cadena. Los jueces, al igual que los agentes de seguridad, en su mayoría no son especialistas en cuestiones religiosas. Al enfrentarse a casos complejos, se ven obligados a basarse en los dictámenes de los expertos. Y allí aparecían en escena las mismas personas de la red RACIRS. Elaboraban para los tribunales peritajes "religiosos", "lingüísticos" y "psicológicos", en los que demostraban el carácter "destructivo" de las doctrinas y el "daño para la salud mental" de los adeptos. La defensa podía presentar dictámenes de verdaderos científicos de renombre mundial, doctores y académicos. Pero el tribunal, por regla general, daba preferencia a la "pericia oficial", designada por la fiscalía o por el propio tribunal a recomendación de ésta. Así se creaba la ilusión de legalidad y objetividad.

Finalmente, se asestó un golpe al futuro: al sistema educativo. La "sectología" según Dvorkin empezó a infiltrarse en las universidades e incluso en las escuelas. Su manual "Sectología. Sectas totalitarias", que los expertos en religiones califican de "panfleto ideológico" y "obra pseudocientífica", fue recomendado para seminarios teológicos e incluso para algunas universidades laicas. En las facultades de Derecho e Historia de las regiones, se ofrecía a los estudiantes escribir trabajos de curso sobre "el daño de los nuevos movimientos religiosos", utilizando como fuente principal el sitio web de Dvorkin. Así se preparaba una nueva generación —juristas, funcionarios, maestros— inicialmente contagiados por el virus de la intolerancia.

Pero el arma principal, la piedra angular de todo este sistema, fue y sigue siendo la magia de las palabras. La magia de términos manipuladores,

carentes de contenido jurídico: “secta totalitaria”, “culto destructivo”, “control mental”, “lavado de cerebro”. Estas etiquetas, sin poseer ninguna definición legal ni científica, tienen un enorme poder destructivo. Funcionan como un virus, penetrando en la conciencia pública y generando miedo y odio irracionales. La palabra “secta” en Rusia tiene históricamente una connotación extremadamente negativa, asociada con algo secreto, delictivo o antisocial. Dvorkin simplemente le añadió el prefijo “totalitaria”, transfiriendo a los grupos religiosos todo el horror asociado a los regímenes políticos del siglo XX.

¿Por qué es tan eficaz esta herramienta? Precisamente por su vacío jurídico. Como la ley no contiene una definición de “secta”, es imposible demostrar legalmente que una organización no lo es. La acusación no necesita pruebas: en sí misma ya constituye una sentencia. Basta con que el “experto” Dvorkin o un medio de comunicación bajo su control coloque esa etiqueta sobre un grupo, y éste queda automáticamente fuera del marco legal, en una zona gris donde la presunción de inocencia deja de funcionar. Para el ciudadano común, el funcionario o el policía, una persona perteneciente a una “secta” ya no es del todo una persona. Es un “zombi”, una “víctima de manipulación”, y sus derechos pueden y deben ser restringidos “por su propio bien”.

La comunidad profesional —juristas, defensores de derechos humanos, verdaderos estudiosos de religiones— dio la voz de alarma desde el principio. “Ninguna escuela laica de estudios religiosos acepta esta terminología”, insistían. “Estos conceptos son parciales, subjetivos y carecen de criterios claros”, escribían los abogados en sus dictámenes. “El uso del término ‘secta’ en relación con creyentes respetuosos de la ley constituye una violación de la libertad de conciencia”, declaraba el Gremio de Expertos en Religión y Derecho. El Consejo de Quejas sobre la Prensa señalaba repetidamente a los periodistas la falta de ética en el uso de esa palabra. Pero todo fue en vano. La maquinaria puesta en marcha por Dvorkin era más fuerte. Había creado su propia realidad, su propio lenguaje y sus propias reglas del juego.

A finales de los años 2000, la maquinaria ya estaba afinada y lista para el último paso decisivo. Era necesario pasar de la influencia informal al control directo sobre las instituciones del Estado. Y ese paso se dio en abril de 2009. Este día puede considerarse la fecha de finalización formal del “golpe silencioso” en el ámbito de la política confesional estatal.

Alexander Dvorkin —un hombre con pasaporte estadounidense, con títulos no reconocidos en Rusia, con antecedentes como teólogo ortodoxo e historiador medievalista— fue elegido presidente del Consejo de Expertos para la realización de peritajes religiosos estatales ante el Ministerio de Justicia de la Federación Rusa. Este acontecimiento provocó conmoción y estupor en la comunidad científica y de derechos humanos. En el informe del Departamento de Estado de EE. UU. sobre libertad de conciencia de aquel año, se señalaba expresamente que ese nombramiento había generado una seria preocupación, dado que Dvorkin era conocido por su hostilidad hacia las minorías religiosas. Destacados estudiosos de religiones rusos publicaron cartas abiertas calificando la situación de absurda: una persona que negaba el estudio científico de las religiones como tal encabezaba el principal órgano estatal encargado precisamente de evaluar científicamente a las organizaciones religiosas. Era como nombrar a un astrólogo al frente de la comisión de cosmonáutica. El luchador contra las sectas no sólo recibió una licencia: obtuvo en sus manos el mazo del juez y el sello oficial. A partir de ese momento, la cadena de prohibiciones comenzó a funcionar a máxima potencia. El Consejo de Expertos del Ministerio de Justicia se transformó en un órgano represivo, y los "expertos" vinculados a Dvorkin de la red RACIRS adquirieron estatus oficial. El poder creía estar utilizando a los anticultistas como una conveniente "porra" para limpiar el campo ideológico enemigo. En realidad, fueron los anticultistas quienes utilizaron al poder como un recurso para construir su propio imperio en la sombra. No sólo combatían a las "sectas". Sustituyeron al propio Estado, apropiándose de sus funciones: la legislativa (promoviendo leyes convenientes), la ejecutiva (indicando al Ministerio de Justicia a quién registrar y a quién no), la de aplicación de la ley (iniciando procesos penales) y la judicial (proporcionando los peritajes "correctos").

El esquema, perfeccionado durante años, fue legitimado. Cualquier movimiento religioso indeseable podía ahora ser destruido "por la vía legal". Precisamente los dictámenes redactados como copias idénticas por personas del entorno de Dvorkin sirvieron de base para la decisión del Tribunal Supremo de reconocer al "Centro Administrativo de los Testigos de Jehová en Rusia" como organización extremista y prohibir su actividad. Cientos de creyentes pacíficos, cuyo principal "extremismo" consistía en negarse al servicio militar y a las transfusiones de sangre, fueron enviados a prisión. Fue sobre la base de peritajes similares que se iniciaron causas

penales contra los cienciólogos en Moscú y San Petersburgo, donde sus libros y materiales fueron declarados "extremistas" por hablar de perfeccionamiento espiritual. La cadena funcionaba sin fallos: una denuncia procedente de un centro regional de RACIRS, una pericia de un experto "de confianza" —a menudo del mismo lugar—, la demanda de la fiscalía y la previsible decisión del tribunal, que no se atrevía a cuestionar el dictamen oficial avalado por la estructura dependiente del Ministerio de Justicia. El Estado, sin darse cuenta, había delegado la función de dictar sentencias a un grupo de fanáticos ideológicos.

La ironía del destino, sin embargo, radica en que el sistema que tanto le gustaba utilizar a Dvorkin —el sistema de emitir veredictos basados en dictámenes "periciales"— acabó volviéndose en su contra. En 2014 estalló un escándalo que, al parecer, debía poner fin a su carrera. Los abogados de una de las organizaciones perjudicadas por sus acciones presentaron una solicitud al célebre Centro Científico Estatal de Psiquiatría Social y Forense V. P. Serbsky, pidiendo realizar una pericia psicológica y psiquiátrica del propio Dvorkin, basándose en grabaciones en video de sus discursos públicos y textos. Por supuesto, el Centro Serbsky no podía llevar a cabo una evaluación de la personalidad sin su presencia física. Pero los especialistas del centro dieron un paso extraordinario: realizaron un análisis de los materiales presentados de forma anónima. Sus conclusiones, expuestas en un informe oficial, resultaron impactantes. Los expertos detectaron en las declaraciones del "objeto de estudio" signos de "ideas delirantes", "formaciones sobrevaloradas" y "interpretaciones distorsionadas y delirantes" de los acontecimientos reales. El veredicto final fue demoledor: una persona con tales características no puede dedicarse de manera adecuada a la actividad pericial ni científica. Por supuesto, esta conclusión no tuvo consecuencias jurídicas directas para Dvorkin. Pero desde el punto de vista moral y reputacional fue un golpe fulminante. El principal "diagnosticador" de las "enfermedades espirituales" recibió él mismo un "diagnóstico" no oficial, pero no por ello menos contundente, de parte de los principales psiquiatras del país. El hombre que durante años colgó a los demás la etiqueta de "zombis mentalmente enfermos" acabó siendo sospechoso de padecer trastornos de conducta.

Resumiendo esta investigación, vemos cómo, desde la niebla de los años 90, del caos y la confusión espiritual, emergió y se consolidó la figura de Alexander Dvorkin. No se trata de un científico ni de un defensor de la

fe. Es un operador político hábil y cínico que logró convertir sus modestas características iniciales en una enorme influencia política. Construyó su carrera sobre una serie de engaños: falsificó su autoridad académica amparándose en títulos no reconocidos en Rusia y en una "sectología" de su propia invención; creó, siguiendo modelos occidentales, una red en la sombra irresponsable pero poderosa, asegurándole una financiación paradójica por parte de aquellos contra quienes supuestamente luchaba; y finalmente coronó su construcción con la toma de control de un órgano estatal clave, transformándolo en su instrumento personal para eliminar a los indeseables.

La tecnología de demonización que perfeccionó durante décadas contra los "enemigos internos", como los bautistas, los krisnaítas y los pentecostales, resultó ser extremadamente demandada. Enseñó al Estado ruso el lenguaje del odio. Mostró cuán fácil es declarar a cualquier grupo de personas "extremistas", "enemigos" o "subhumanos" y justificar así cualquier represión contra ellos.

Esa tecnología, ese virus de intolerancia, no era un fin en sí mismo. Se convirtió en el campo de pruebas, en la base de entrenamiento donde se perfeccionaron los métodos ideológicos y represivos que luego, llegado el momento, se extrapolaron con facilidad de las "sectas" a todo un pueblo, a un país vecino. El "golpe silencioso" llevado a cabo por Dvorkin y sus cardenales grises en el ámbito religioso se convirtió en un prólogo imperceptible pero de importancia crítica para la "guerra sagrada" que hoy arde ya no en las páginas de los dictámenes periciales, sino en los verdaderos campos de batalla. Y para entender cómo ocurrió esto, debemos mirar los precedentes históricos que predijeron con aterradora precisión el camino ruso. Debemos volver la mirada a la Alemania de los años 1930.

Capítulo 2. La pericia como arma: la fábrica de causas judiciales

Estamos acostumbrados a pensar en las represiones en términos de fuerza bruta. En nuestra imaginación aparecen imágenes de furgones negros, pasos resonantes por un corredor nocturno, el chasquido de los cerrojos de las cárceles. Pero la tiranía moderna prefiere otro instrumental. No lleva botas, sino un traje de negocios. Su arma no es un fusil, sino un bolígrafo. Su principal casamata no es un sótano en Lubianka, sino una carpeta con un expediente sobre la mesa del juez. Las sentencias más

destructivas hoy no se dictan a la sombra de la noche, sino a plena luz del día, en la sala del tribunal, bajo la máscara de la legalidad y con el sello de la justificación científica. Imaginen una cadena de montaje, enorme, despiadada, que funciona en tres turnos. En uno de sus extremos la cinta recibe la "materia prima": un grupo religioso indeseado, un libro demasiado popular, un predicador independiente, o simplemente cualquier persona cuya escala de valores difiere de la prescrita. En el otro extremo baja de la cinta el "producto" listo y envasado: un dictamen acusatorio por el artículo de "extremismo", la decisión judicial de disolver toda una organización, una pena de prisión por leer textos sagrados. Esta cadena no es una ficción. Existe, y sus talleres están repartidos por todo el país, desde Kaliningrado hasta Jabárovsk. Funciona sin fallos, triturando metódicamente destinos humanos y convirtiéndolos en estadísticas de la "lucha contra las amenazas a la seguridad nacional".

El corazón de esa cadena de montaje, su máquina principal y más compleja, es el nudo que llamaremos "taller de dictámenes periciales". Es precisamente allí donde ocurre el misterio clave de la transformación del desacuerdo en delito. Es allí donde la ilegalidad se viste con el manto de la cientificidad. En ese taller la pericia dejó hace tiempo de ser un instrumento de búsqueda de la verdad. Se convirtió en su contrario: en una herramienta para justificar una decisión de acusación previamente tomada. Su tarea no es analizar los hechos, sino adaptarlos al artículo necesario del Código Penal. No responde a la pregunta "¿es culpable?", sino que estampa la respuesta: "culpable, porque…". Y a continuación sigue un conjunto de términos de apariencia científica destinados a paralizar la voluntad del juez y a crear en la sociedad la ilusión de justicia de lo que está ocurriendo.

El proceso tecnológico en esta fábrica está afinado hasta el más mínimo detalle, está estandarizado y puede reproducirse fácilmente en cualquier región. Todo comienza con un "encargo". La señal puede proceder de una filial regional de la red RACIRS, la red creada por Alexander Dvorkin y descrita en el capítulo anterior.

Luego viene la "selección de la herramienta". Los "expertos" entran en la escena. En la gran mayoría de los casos, no se trata de especialistas reconocidos en el ámbito científico, sino de expertos "de bolsillo" pertenecientes a la misma red de Dvorkin o de empleados leales al poder en universidades provinciales, a menudo sin la menor cualificación en el área sobre la cual deben emitir su dictamen. Matemáticos se convierten en

lingüistas, historiadores medievalistas en especialistas en nuevos movimientos religiosos, profesores de educación física en psicólogos. El criterio principal de selección no es la competencia, sino la lealtad y la disposición a firmar el documento requerido.

La tercera etapa es la "producción". Consiste en redactar el propio dictamen "pericial". Los textos de estos documentos suelen parecerse entre sí como dos gotas de agua, como si estuvieran escritos con papel de calco siguiendo un único modelo. En ellos se utiliza obligatoriamente un vocabulario pseudocientífico específico, creado e introducido por la escuela de Dvorkin: "culto destructivo", "secta totalitaria", "control mental", "manipulación psicológica". La afirmación de la veracidad de la propia fe, que constituye la base de cualquier religión, se interpreta como "incitación al odio" y "propaganda de la exclusividad". La meditación o la oración emocional se transforman en "daño a la salud mental mediante la inducción de estados de trance". Y finalmente, la etapa final es el "control de calidad", que en realidad constituye un acto de legalización formal del producto. El investigador acepta ese dictamen como el principal argumento de la acusación. El fiscal construye sobre él todo su discurso. Y el tribunal, al enfrentarse con un documento sellado y firmado por "expertos", por lo general no se atreve a ponerlo en duda. Cualquier peritaje alternativo presentado por la defensa, incluso si ha sido realizado por académicos o científicos de renombre mundial, suele ser ignorado o descartado bajo pretextos formales. La cadena ha completado su ciclo. El "producto terminado" se envía al archivo de las decisiones judiciales, y la "materia prima procesada" a la colonia penitenciaria.

Taller n.º 1: Prueba de lanzamiento de la máquina. El caso del *Bhagavad-gita*

Todo mecanismo complejo, antes de ponerse en producción en serie, pasa por una fase de prueba. Para la fábrica de causas judiciales, ese campo de ensayo, ese lanzamiento experimental de la cadena, fue el proceso de Tomsk de 2011. En el capítulo anterior ya mencionamos este caso como un síntoma evidente de la enfermedad que había infectado al sistema jurídico ruso. Ahora nos corresponde examinarlo desde otro ángulo: el tecnológico. No se trató simplemente de un error jurídico o de una torpeza de las autoridades provinciales. Fue una operación cuidadosamente planificada y coordinada, un globo de ensayo destinado a comprobar si el sistema era

capaz de “digerir” y declarar extremista no un panfleto marginal neonazi, sino un monumento espiritual de fama mundial, sagrado para cientos de millones de personas. Y aunque formalmente la prueba terminó en fracaso, sus organizadores obtuvieron una experiencia inestimable que sirvió de base para todas las campañas posteriores, mucho más “exitosas”.

Recordemos los hechos. En junio de 2011, la fiscalía de Tomsk, actuando por encargo de la dirección local del FSB, presentó ante el tribunal una demanda solicitando que se reconociera como material extremista el libro *El Bhagavad-gita tal como es*. El objetivo del ataque no fue el antiguo *Gita* en sí, sino su traducción con comentarios más popular en el mundo, del fundador de la Sociedad Internacional para la Conciencia de Krishna (ISKCON), A. C. Bhaktivedanta Swami Prabhupada. La principal —y, en esencia, única— “prueba” de la acusación fue el dictamen pericial elaborado por una comisión compuesta por tres empleados de la Universidad Estatal de Tomsk (TSU). La anatomía de esa primera pericia piloto es, para nosotros, de máximo interés. Representa un modelo de referencia del producto pseudocientífico creado según los patrones de la escuela de Dvorkin.

En primer lugar, la propia composición del grupo “pericial”. Lo integraban un profesor del Departamento de Psicología General y Pedagógica, un docente del Departamento de Filosofía y el jefe del Departamento de Lenguas Románicas. Ninguno de ellos era indólogo, ni especialista en sánscrito, ni experto en la filosofía del hinduismo. Su competencia conjunta en la materia sobre la que debían emitir un veredicto era nula. Este es un método clásico de la fábrica: para emitir una condena se recurre a personas con títulos académicos, pero de campos completamente ajenos, cuyas credenciales deben impresionar al tribunal, mientras que su falta de competencia garantiza una obediente firma de las conclusiones requeridas.

En segundo lugar, el contenido mismo del dictamen. Era una obra maestra de demagogia y de tergiversación de conceptos. Los expertos de la TSU de, sin pestañear, interpretaron los postulados filosóficos y teológicos del hinduismo como llamados a la violencia y a la humillación. Por ejemplo, la afirmación de los comentarios de Prabhupada de que el servicio devocional a Dios (bhakti-yoga) es el camino más elevado, mientras que otros caminos (como la actividad kármica orientada a los frutos) son menos perfectos, fue interpretada como “propaganda de inferioridad” y

“humillación de la dignidad” de los seguidores de otras creencias y de los ateos. La crítica al estilo de vida materialista, común en muchas religiones, fue calificada de “formación de una imagen negativa” del grupo social “personas que no son krisnaítas”. La mención en el texto de las batallas descritas en el antiguo poema épico *Mahabharata*, del cual forma parte el *Gita*, fue sacada de contexto y presentada como un llamado a la violencia. Y lo más importante, el dictamen estaba impregnado de una terminología “antisectaria” específica: los expertos señalaban constantemente el carácter “sectario” de la enseñanza y afirmaban que ISKCON “no pertenece al hinduismo tradicional”. Este fue un claro indicador que revelaba la fuente de su “inspiración”: los manuales y publicaciones de la red RACIRS.

La culminación y, al mismo tiempo, el colapso de aquella pericia fue el interrogatorio de sus autores en la sala del tribunal. Fue una escena rara e instructiva, que en los procesos posteriores, más afinados, ya no se volvió a repetir. Bajo una lluvia de preguntas precisas y profesionales por parte de la defensa, representada por abogados cualificados y expertos en indología, la presuntuosa apariencia pseudocientífica de los “expertos” se desvaneció al instante. Comenzaron a contradecirse en sus declaraciones, a admitir que no conocían el sánscrito, que no habían estudiado las fuentes originales y que sus conclusiones eran meramente suposiciones. Finalmente, acorralados, hicieron lo impensable: públicamente, bajo acta, renunciaron de hecho a sus propias conclusiones, reconociendo que el dictamen era “insostenible y carente de base científica”. Fue un fracaso total. La principal máquina de la fábrica se averió en su primera prueba. El tribunal, encontrándose en una situación absurda, se vio obligado a designar una nueva pericia, esta vez en la Universidad de Kémerovo, cuyos especialistas, por cierto, tampoco lograron llegar a una conclusión unánime ni emitir un dictamen acusatorio.

Y fue entonces cuando apareció en el proscenio una sombra que había estado presente de manera invisible en este caso desde el principio. La sombra de un hombre cuyo nombre, para los entendidos, desde hacía tiempo se había convertido en sinónimo de intolerancia religiosa: Alexander Dvorkin. Aunque no fue un participante formal del proceso, su sombra estuvo presente en él desde el inicio. Dvorkin desplegó una intensa actividad mediática, actuando como el principal defensor público y legitimador del juicio de Tomsk. Concedió numerosas entrevistas en las que apoyaba plenamente la posición de la acusación. “Las reclamaciones contra el libro *El Bhagavad-gita tal como es* son completamente justificadas —

proclamaba—. Las principales objeciones no se dirigen al texto en sí, sino a los comentarios de Srila Prabhupada, que tienen un carácter abiertamente misantrópico y ofensivo". Esa voz, que resonaba desde Moscú, confería a la farsa provincial el peso de una pericia capitalina y de una importancia estatal. Dvorkin, que en aquel momento ocupaba el cargo de presidente del Consejo Experto para la realización de pericias religiosas estatales del Ministerio de Justicia, otorgaba de facto una indulgencia al abuso jurídico.

Además, como demostró la posterior investigación realizada por el académico Nikolái Karpitski, el ataque mediático contra el libro comenzó de manera coordinada y con antelación. Incluso antes del inicio del proceso judicial, el aliado de Dvorkin en RACIRS, el tristemente célebre anticultista Maksim Stepanenko, empezó a enviar comunicados de prensa a los medios, en los que, basándose en una supuesta pericia (la misma que aún no había sido presentada ni siquiera al tribunal), acusaba a los krisnaítas de extremismo. Esto demuestra que el proceso de Tomsk no fue una iniciativa espontánea. Fue una acción planificada, en la que los papeles estaban distribuidos de antemano: las fuerzas locales de seguridad iniciaban el caso, los expertos "de bolsillo" preparaban la "justificación" y el centro federal, representado por Dvorkin, proporcionaba la cobertura ideológica y mediática.

¿Por qué, a pesar de tanta preparación, la cadena falló? La principal razón fue un factor que los organizadores no previeron: una poderosa repercusión internacional. Atacaron no a una pequeña comunidad indefensa, sino a un texto sagrado para la India de mil millones de habitantes, socio estratégico de Rusia. Cuando la noticia del juicio llegó a Nueva Delhi, estalló una tormenta. El Parlamento indio interrumpió sus sesiones, exigiendo al gobierno intervenir de inmediato. Ciudadanos indignados salieron a manifestarse, quemando banderas rusas. El ministro de Asuntos Exteriores de la India calificó lo que ocurría de "absurdo". La diplomacia rusa se encontró en una posición humillante: el embajador y el Ministerio de Asuntos Exteriores se vieron obligados a dar torpes explicaciones y a calificar a los iniciadores del proceso de "locos". Incluso el defensor del pueblo de la Federación Rusa, Vladímir Lukin, calificó el juicio de "inaceptable". Bajo tal presión, el sistema judicial, normalmente sordo a los argumentos racionales, cedió y no se atrevió a emitir una sentencia condenatoria. El 28 de diciembre de 2011, el tribunal de primera instancia

rechazó la demanda, y el 21 de marzo de 2012, el tribunal regional confirmó esta decisión.

¿Una victoria? Sí, pero pírrica. Para la sociedad y para los krisnaítas fue una victoria del sentido común. Pero para los ingenieros de la "fábrica" fue una lección de valor incalculable. Cierto, el mecanismo falló debido a una interferencia externa, pero la propia cadena —la denuncia, la "pericia" por encargo, la fiscalía obediente dispuesta a ir al tribunal con cualquier absurdo— demostró su viabilidad. La sociedad, salvo un puñado de defensores de derechos humanos y académicos, permaneció indiferente. Y eso significaba que podían continuar.

Sacaron dos conclusiones principales. Primero, el sistema es vulnerable a la presión externa cuando la víctima elegida es un objetivo de demasiado "alto perfil", con un poderoso lobby internacional. Segundo, y más importante, el propio mecanismo, la propia cadena tecnológica "denuncia del FSB → pericia por encargo → fiscalía obediente", demostró su funcionamiento eficaz. Falló en la última etapa, en el tribunal, pero únicamente por circunstancias excepcionales. Lo único que quedaba era perfeccionar la tecnología y elegir mejor los objetivos. Había que preparar las pericias con mayor rigor, para que no se derrumbaran en el primer interrogatorio judicial. Y, además, elegir como víctimas a quienes no defenderían ni el Parlamento de la India ni el Departamento de Estado de EE. UU., a quienes fueran impopulares en la sociedad y no tuvieran protectores influyentes detrás. Las lecciones fueron aprendidas. Tras asimilarlas y concluir con éxito la fase de prueba, la "fábrica" estaba lista para ampliarse: pasar a la producción en serie. Para llevar a cabo estos planes con éxito, era necesario consolidar sus posiciones dentro del aparato estatal.

Taller n.º 2: Producción en masa. Liquidación de los Testigos de Jehová

Si el proceso de Tomsk sobre el *Bhagavad-gita* fue el lanzamiento de prueba de la cadena, la campaña para liquidar a los Testigos de Jehová se convirtió en su triunfo —la transición a una producción a gran escala, en serie, de enemigos del pueblo. Aquí se tuvieron en cuenta las lecciones

extraídas del primer fracaso y se aplicaron con una eficiencia despiadada. El objetivo fue elegido a la perfección. Los Testigos de Jehová constituían la "víctima ideal" para afinar la máquina represiva. En primer lugar, se trataba de una organización grande y centralizada, con miles de seguidores en todo el país, lo que permitía presentar resultados en la lucha contra una "amenaza masiva". En segundo lugar, su doctrina, basada en el pacifismo, incluía prácticas extremadamente impopulares en la sociedad rusa militarizada: la negativa categórica al servicio militar y la prohibición de las transfusiones de sangre. Esto los convertía en un blanco fácil para la propaganda, que los retrataba como elementos antisociales que socavaban los cimientos del Estado y ponían en peligro la vida de las personas. En tercer lugar, a diferencia de los hindúes, no contaban con un poderoso defensor estatal capaz de provocar una crisis diplomática. Eran prácticamente indefensos ante la máquina estatal.

Precisamente sobre ellos se decidió probar el arma principal de destrucción masiva: el modelo perfeccionado del "dictamen pericial", resistente a la crítica en los tribunales. La figura clave de este proceso, el principal "ingeniero" del taller de producción en masa, fue Alexander Dvorkin, quien utilizó a su gente en los tribunales para presentar peritajes a través del "Centro de Peritajes Socioculturales" de Moscú. Este sistema representaba la encarnación de toda la corrupción y pseudociencia donde los dictámenes redactados como copias idénticas se convirtieron en la base de decisiones judiciales en toda Rusia, desde la prohibición de folletos y sitios web hasta la completa liquidación de entidades jurídicas. Revelemos la metodología de estos peritajes, esa caja negra que convierte la Biblia en un texto extremista. Son un modelo de manipulación, basado en varios métodos simples pero extremadamente eficaces. El primero y principal de ellos es la criminalización de la afirmación de exclusividad. Es una idea genial en su absurdo. Cualquier religión abrahámica —el cristianismo, el islam o el judaísmo— es, por naturaleza, exclusivista. Cada una sostiene que su camino es el que conduce a la salvación, y que los demás caminos son erróneos o menos perfectos. Eso es el alfa y la omega de la teología. Estos peritajes, y el sistema judicial que los siguió, declararon ese principio fundamental de la fe religiosa… un signo de extremismo. En ellos, que sirvieron de base para la decisión del Tribunal Supremo, se afirmaba literalmente que los Testigos de Jehová "promueven la superioridad de su religión", puesto que sostienen que su doctrina es la verdadera. "El hecho

de que los Testigos de Jehová consideren su fe verdadera fue presentado como prueba de su superioridad sobre los demás y, por tanto, como extremismo". Este argumento es una bomba nuclear bajo todo el edificio de la libertad de conciencia. Siguiendo esta lógica, se podría prohibir cualquier religión. Un ortodoxo que diga "fuera de la Iglesia no hay salvación" es un extremista. Un musulmán que afirme que el Corán es la última y verdadera revelación de Dios es un extremista. Cualquier creyente convencido de la veracidad de su fe se convierte automáticamente en un criminal.

El segundo método consiste en convertir la polémica teológica en incitación al odio. En la literatura de los Testigos de Jehová, al igual que en los escritos de muchas otras confesiones, se encuentra una crítica a los dogmas de otras religiones. Por ejemplo, no aceptan el dogma de la Trinidad, considerándolo no bíblico. En estos peritajes, este debate puramente teológico, que lleva siglos desarrollándose, fue presentado como una "humillación de la dignidad humana" de los seguidores de la ortodoxia y como "incitación al odio religioso". La crítica a una doctrina religiosa fue equiparada a ataques contra las personas. Es como declarar culpable a un físico que critique la teoría de cuerdas de incitar al odio contra sus partidarios.

El tercer método consiste en interpretar los preceptos religiosos como una amenaza al orden establecido. La postura pacifista de los Testigos de Jehová y su negativa a realizar el servicio militar por motivos de conciencia (por cierto, el derecho al servicio civil alternativo está garantizado por la Constitución de la Federación de Rusia) fueron presentados como un "socavamiento de los fundamentos del orden constitucional" y como "incitación a negarse a cumplir los deberes cívicos". Su negativa a las transfusiones de sangre, basada en textos bíblicos, fue interpretada no como el ejercicio del derecho del paciente a rechazar una intervención médica, sino como "una amenaza para la vida y la salud de los ciudadanos".

Armada con esta metodología primitiva pero eficaz, la máquina comenzó a funcionar a plena capacidad. Decenas de peritajes de Dvorkin y de su gente, producidos en serie en Moscú, se enviaban a las regiones, donde servían como base para que los tribunales locales prohibieran, uno tras otro, los folletos, revistas y sitios web de los Testigos de Jehová. Para 2017 se había acumulado un volumen suficiente de material "pericial" y

judicial para pasar al acto final: la completa liquidación de toda la organización. La culminación llegó el 20 de abril de 2017. Ese día, el Tribunal Supremo de la Federación de Rusia, tras examinar la demanda del Ministerio de Justicia, dictó una sentencia que reconocía al "Centro Administrativo de los Testigos de Jehová en Rusia" y a sus 395 filiales regionales como organizaciones extremistas, prohibía su actividad y ordenaba la confiscación de todos sus bienes en favor del Estado. La audiencia fue una farsa total. Los jueces ignoraron por completo todos los argumentos de la defensa. Ignoraron las conclusiones de decenas de verdaderos estudiosos de ciencias religiosas que demostraban lo absurdo de las acusaciones. Se basaron íntegramente en los dictámenes de la gente de Dvorkin y de otros "expertos" vinculados a RACIRS que les presentó el Ministerio de Justicia. La máquina funcionó a la perfección. Cientos de miles de ciudadanos pacíficos fueron declarados, de la noche a la mañana, fuera de la ley en su propio país. Comenzaron los allanamientos masivos, las detenciones y los procesos penales, que continúan hasta hoy.

Y aquí la historia cierra el círculo y regresa a la cuestión de la legitimidad. Toda esta gigantesca campaña represiva, que afectó a cientos de miles de personas, se construyó sobre un fundamento de peritajes pseudocientíficos y parciales. Y el veredicto final, demoledor, sobre esta "fábrica" fue pronunciado a nivel internacional. El 7 de junio de 2022, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos (TEDH), tras examinar las demandas de los Testigos de Jehová, emitió una sentencia devastadora. Ya no se trataba de la opinión de defensores de derechos humanos o de periodistas opositores: era el veredicto de la más alta instancia judicial europea, vinculante para Rusia en el momento de su emisión.

El TEDH, en su decisión, destruyó por completo toda la estructura de las acusaciones. El tribunal señaló directamente que la definición rusa de "extremismo" es "excesivamente amplia" y "fue utilizada de manera indebida para perseguir a los creyentes". El TEDH dictaminó que las autoridades rusas violaron derechos humanos fundamentales garantizados por el Convenio Europeo: el derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión (artículo 9), el derecho a la libertad de expresión (artículo 10) y el derecho a la libertad de reunión y de asociación (artículo 11). El tribunal exigió a Rusia poner fin a la persecución penal de los Testigos de Jehová, liberar a todos los encarcelados y devolver los bienes confiscados o pagar una indemnización.

Este veredicto constituye una prueba jurídica de que toda la campaña contra los Testigos de Jehová no fue una lucha contra un extremismo real, sino un acto de discriminación religiosa basado en "pruebas" falsificadas. Confirmó que la "fábrica de causas judiciales" no produce justicia, sino arbitrariedad envuelta en forma jurídica. El taller de producción en masa demostró su monstruosa eficacia, pero su producto resultó incapaz de cumplir siquiera los estándares básicos del derecho y del sentido común. Sin embargo, mientras los tribunales internacionales emitían sus veredictos, la fábrica ya abría un nuevo taller de producción, aún más sofisticado.

Taller n.º 3: Arma psicológica. El caso de la Iglesia Gracia

A medida que la tecnología para declarar a las organizaciones "extremistas" se perfeccionaba y se ponía en marcha a escala, la fábrica de causas judiciales sintió la necesidad de diversificarse. La etiqueta de "extremismo" era eficaz, pero no universal. Servía poco para perseguir a aquellos grupos en cuyos textos y sermones, por mucho que se buscara, resultaba difícil encontrar "propaganda de exclusividad" o "incitación al odio". Se necesitaba una nueva herramienta, un arma diferente, capaz de alcanzar otros objetivos. Y tal arma fue hallada: la acusación de "causar daño a la salud". Este nuevo frente se abrió contra un grupo amplio y diverso de creyentes: las iglesias pentecostales y carismáticas.

Su vulnerabilidad no residía en los textos, sino en las prácticas. Las formas expresivas de adoración, propias de estos movimientos —la oración intensa y emocional, la imposición de manos y, sobre todo, el "hablar en lenguas" (glosolalia)— pueden parecer extrañas, inquietantes o incluso salvajes para un observador no familiarizado. Estas prácticas se pueden presentar fácilmente al público y, lo que es más importante, al tribunal, como algo peligroso: una forma de influencia psicológica agresiva capaz de destruir la psique humana. Así nació una nueva tecnología: la criminalización de la propia experiencia religiosa. La elevación emocional o espiritual que el creyente siente durante la oración fue traducida al lenguaje del Código Penal y convertida en "daño grave a la salud".

Un ejemplo emblemático del funcionamiento de este nuevo taller fue el caso de la Iglesia de Cristianos de Fe Evangélica Gracia en Jabárovsk. En 2011, prácticamente al mismo tiempo que el proceso sobre el *Bhagavad-gita* en Tomsk, el Tribunal Regional de Jabárovsk dio curso a la demanda

del fiscal y disolvió esta organización religiosa. Pero esta vez la acusación fue formulada de manera diferente: la iglesia fue prohibida no por "extremismo", sino porque su actividad "estaba asociada con causar daño a la salud de los ciudadanos".

Analicemos detenidamente la pericia que sirvió de base para esta sentencia. Fue una pericia médico-forense compleja de psicología y psiquiatría. Aquí la mecánica de la sustitución fue llevada a la perfección.

A la entrada, como "materia prima", se proporcionaron a los peritos descripciones de las prácticas religiosas de la iglesia obtenidas durante la inspección de la fiscalía: "oración colectiva en voz alta que conduce a hablar en 'otras lenguas'", "rituales del descenso del Espíritu Santo", "ritos de imposición de manos del pastor sobre los feligreses". Para los creyentes pentecostales, estos son sacramentos, profundísimas experiencias espirituales, testimonios de la presencia de Dios.

A la salida, en el dictamen pericial, esas mismas prácticas fueron descritas con un lenguaje totalmente distinto, el médico. Era una interpretación "científica" que convertía el sacramento en patología. La oración en voz alta y la glosolalia se calificaron como "métodos de influencia psicológica" que contienen "elementos de sugestión, autosugestión y manipulación psicológica". El estado de éxtasis religioso se definió como "inducción a un estado alterado (de trance) de conciencia".

Los expertos concluyeron que el uso sistemático de ciertas "técnicas" en la actividad de la organización religiosa causa un grave daño a la psique humana, manifestado en el desarrollo de un trastorno de adaptación con elementos de reacción mixta de ansiedad y depresión. Este diagnóstico médico, conforme a los actos normativos, fue calificado como daño grave a la salud, lo que encaja en el delito tipificado en el artículo 239 del Código Penal de la Federación de Rusia, que establece la responsabilidad por crear una organización religiosa cuya actividad esté vinculada con violencia contra los ciudadanos u otros daños a su salud. Así se construía una cadena manipuladora lógica y coherente: la experiencia religiosa, que incluye prácticas como la oración o la glosolalia, se interpretaba a través del prisma de términos psiquiátricos como "estado de trance" o "sugestión". Luego, a este estado se le atribuía un diagnóstico médico concreto —"trastorno de adaptación"—, y sobre ese diagnóstico se formulaba la conclusión jurídica de que se había causado un daño grave a la salud, lo que finalmente conducía a la disolución de la organización y al inicio de procesos penales.

Esta secuencia de acciones proporcionaba una justificación impecable para las medidas legales, vinculando las prácticas religiosas con consecuencias jurídicas a través de la argumentación médica y psiquiátrica.

La lógica de esta sustitución es verdaderamente diabólica. Porque, si se quiere, cualquier experiencia emocional intensa puede describirse en términos de "estado alterado de conciencia". El sentimiento de catarsis que experimenta un espectador en la ópera al escuchar una gran aria. El éxtasis de un aficionado al fútbol cuando su equipo marca un gol. El estado de "flujo" en el que entra un deportista o un científico. Todo esto son estados alterados de conciencia. La fábrica de Dvorkin aprendió a convertir este hecho científico en una acusación jurídica. Es una llave universal, una ganzúa capaz de abrir cualquier puerta. Hoy la aplican a los pentecostales, y mañana pueden aplicarla a los aficionados de equipos de deporte, a los músicos de rock, a cualquiera cuya actividad despierte emociones intensas que puedan declararse "perjudiciales para la salud".

Resulta revelador comparar la experiencia rusa con intentos similares en países vecinos. En Kazajistán se inició un caso muy parecido contra el pastor de la iglesia Gracia, Bajtzhán Kashkumbáyev. Las acusaciones se construyeron según el mismo esquema: causar daño a la salud mediante hipnosis e incluso el uso de bebidas con alucinógenos. Sin embargo, el caso se vino abajo. La fiscalía se vio obligada a retirar los cargos, entre otras cosas porque en los materiales del caso no había una pericia religiosa de calidad y el resto de las pruebas eran claramente falsificadas. Esto demuestra que precisamente la "fábrica" rusa, gracias al sistema desarrollado por Dvorkin para formar expertos "de bolsillo" y a su estrecha conexión con las fuerzas de seguridad, resultó ser la más "eficaz" y consiguió poner la producción de este tipo de casos en cadena.

Tres casos, tres talleres, tres líneas de producción. A primera vista, son diferentes. En un caso, el objetivo fue un antiguo texto sagrado; en otro, una confesión religiosa entera; en el tercero, la propia práctica de la oración. Las acusaciones también difieren: "extremismo" en dos de sus formas y "causar daño a la salud". Pero si miramos más de cerca, vemos que todo esto es producto de una misma fábrica, fabricado según un mismo plano. El mecanismo en su base es idéntico: ya se trate de un libro, una organización o un rito, a través del crisol de una pericia pseudocientífica se le atribuyen artificialmente signos de delito, y sobre la base de esa "prueba" fabricada, el tribunal emite una sentencia condenatoria predeterminada.

Comparemos una vez más estas tres líneas de producción para ver su ADN común. En el caso del *Bhagavad-gita*, el objetivo fue un texto; la acusación principal fue el extremismo mediante la incitación al odio; y la tecnología, una pericia lingüística y religiosa primitiva que se desmoronó en el primer contacto con la realidad. Fue un proyecto piloto que mostró tanto el potencial como las deficiencias iniciales de la tecnología.

En el caso de los Testigos de Jehová, el objetivo fue ya toda la organización; la acusación, nuevamente, el extremismo, pero en una forma más sofisticada: la criminalización de los dogmas fundamentales de la fe, como la convicción de poseer la verdad. La tecnología se perfeccionó: las pericias artesanales fueron reemplazadas por dictámenes "socioculturales" producidos en masa, inmunes a la crítica en los tribunales rusos. Fue el paso hacia la producción en serie.

Finalmente, en el caso de la Iglesia Gracia, el objetivo fue la propia práctica religiosa; la acusación, causar daño grave a la salud; y la tecnología, la pericia psicológica y psiquiátrica judicial, que patologiza y criminaliza cualquier experiencia espiritual intensa. Fue una diversificación de la producción, la conquista de nuevos mercados.

En los tres casos, el papel ideológico clave lo desempeñó el sistema construido por Alexander Dvorkin: ya fuera mediante el apoyo público directo al proceso, como en el caso de la Gita; o a través de la creación y legitimación de una red de "expertos", como en el caso de los Testigos de Jehová; o bien mediante la creación, a lo largo de muchos años, de una base ideológica de la "sectología", en la que se apoyaban los peritos psiquiatras.

El principal daño causado por esta fábrica no son solo las miles de vidas destrozadas, las condenas de prisión para inocentes y la destrucción de comunidades pacíficas. El daño más terrible y sistémico se inflige a los propios fundamentos del Estado: al derecho y a la ciencia. Cuando la pericia deja de ser un instrumento de conocimiento y se convierte en sirvienta de la acusación, mata la ciencia, convirtiéndola en prostituta. Cuando el tribunal deja de ser un espacio para el debate entre las partes y empieza a dictar ciegamente sentencias basadas en "pruebas" fabricadas, mata la justicia. El tribunal se transforma de árbitro en notario, que simplemente certifica la condena redactada en otro lugar —en el despacho del investigador o en la mesa del "experto". Desaparece el propio principio de competencia procesal, sobre el cual se sostiene toda justicia democrática.

Y lo más peligroso es que la tecnología ensayada y perfeccionada sobre minorías religiosas indefensas es absolutamente universal. La cadena de montaje creada para producir casos contra "sectarios" puede adaptarse fácilmente a cualquier otro enemigo. Hoy los "expertos" encuentran "incitación al odio" en los comentarios al *Bhagavad-gita*. Mañana la encontrarán con la misma facilidad en la novela de un escritor que critique al poder. Hoy declaran "perjudicial para la salud" la oración de los pentecostales. Mañana declararán "perjudicial" la obra de teatro de un director vanguardista o la conferencia de un historiador independiente. La fábrica de causas judiciales, construida bajo el pretexto de luchar contra las "sectas", es un mecanismo listo, bien engrasado y afinado para reprimir cualquier disidencia en el país. No es una amenaza para los krisnaítas o los Testigos de Jehová. Es una amenaza para toda la sociedad rusa. Y esa amenaza ya ha comenzado a hacerse realidad plenamente.

Capítulo 3. Los fantasmas de Weimar. La huella alemana del anticultismo

"Los crímenes más terribles de la historia no fueron cometidos por sádicos ni monstruos, sino por personas comunes que obedecían órdenes y estaban convencidas de tener razón. Simplemente estaban haciendo su trabajo". — Hannah Arendt, *La banalidad del mal*

El aire del Berlín de los años veinte estaba electrificado. Olía a humo de carbón, a perfumes baratos y a una libertad tan intensa que mareaba. Tras la asfixiante disciplina del imperio derrumbado, la República de Weimar se convirtió en un crisol en el que bullía todo: desde teorías marxistas hasta arte de vanguardia, desde asesinatos políticos hasta cabarés. Pero en ningún ámbito la explosión fue tan ensordecedora como en el espiritual. En las esquinas, predicadores anunciaban el inminente fin del mundo. En salones cargados de humo, damas de la alta sociedad invocaban espíritus guiadas por médiums autodidactas. Los quioscos rebosaban de folletos que prometían revelar los secretos de la teosofía, la antroposofía, el espiritismo y los antiguos cultos arios. Rudolf Steiner, fundador de la antroposofía, llenaba salas, y sus ideas sobre la ciencia espiritual cautivaban a intelectuales desencantados de la religión tradicional. Metodistas, bautistas,

pentecostales —aquellos a quienes la Iglesia imperial había mantenido durante siglos en los márgenes— abrían sus casas de oración y atraían a miles de seguidores. Era un carnaval de ideas, caótico y embriagador.

Pero para una institución aquel carnaval se asemejaba a una agonía. La Iglesia Evangélica de Alemania, que durante siglos había sido un pilar del trono y la brújula moral de la nación, observaba con horror lo que estaba ocurriendo. La alianza entre "trono y altar" se había desmoronado junto con el imperio, y la Iglesia, privada del apoyo estatal, quedó en el vacío. Su feligresía se desvanecía. Las personas, traumatizadas por la guerra y humilladas por el Tratado de Versalles, buscaban consuelo no en los salmos habituales, sino en doctrinas exóticas que prometían iluminación inmediata, un contacto personal con lo divino o, en el peor de los casos, una explicación simple y comprensible del caos general. Los jerarcas eclesiásticos veían cómo su monopolio sobre las almas de los alemanes se evaporaba ante sus ojos. En ello no veían solo competencia, sino una amenaza existencial para el propio *Volkskörper*, el "cuerpo del pueblo", que según ellos era corroído por una plaga espiritual. El miedo engendraba la necesidad de protección. Si la fe ya no estaba protegida por el Estado, entonces debía aprender a protegerse por sí misma.

Fue precisamente de este miedo, de esa sensación de fortaleza sitiada, que en 1921 nació en Berlín una estructura cuyo nombre sonaba académico e inofensivo: el Centro Apologético (*Apologetische Zentralstelle*). Creado por iniciativa del Comité Central de la Misión Interior de la Iglesia Evangélica, no era una comisaría ni un órgano represivo. Su arma debía ser la palabra. Los objetivos oficiales parecían nobles: "supervisar la actividad de los movimientos religiosos", "informar al público", "oponerse intelectualmente" y "proteger la fe cristiana". En la práctica, esto significaba crear una "fuerza especial intelectual". Los empleados del centro —teólogos y pastores— se pusieron manos a la obra con la meticulosidad alemana. Asistían a reuniones de los "competidores", recopilaban su literatura, analizaban sus doctrinas y elaboraban expedientes detallados. Los resultados se publicaban en una revista especializada con un título elocuente: *Wort und Tat* —"Palabra y Acción". Impartían conferencias para pastores, armándolos con argumentos contra las "tentaciones espirituales". En esa etapa, era una batalla de ideas. Nadie podía imaginar que los expedientes reunidos en el silencio de los despachos acabarían convirtiéndose algún día en listas de ejecución, y que los argumentos

apologéticos servirían de justificación para enviar personas a campos de concentración. Las herramientas creadas en un contexto democrático para la lucha intelectual estaban esperando su hora para transformarse en armas en manos de un Estado totalitario. Esa hora estaba ya cercana. La República de Weimar, sin saberlo, estaba gestando a sus propios fantasmas.

En 1932, un año antes de la llegada de Hitler al poder, el Centro Apologético pasó a estar dirigido por un hombre destinado a convertirse en el arquitecto de una tecnología de lucha contra la disidencia mucho más siniestra. Su nombre era Walter Künneth. No era un bruto de las SA con camisa parda ni un funcionario partidista cínico. Künneth era un teólogo brillante, *Privatdozent* de la Universidad de Berlín y autor de obras fundamentales de teología. Su figura estaba tejida de contradicciones sorprendentes que lo hacían a la vez tan eficaz y tan peligroso. Por un lado, era miembro de la Iglesia Confesante (*Bekennende Kirche*), opuesta al nazismo, que resistió con valentía los intentos del régimen de someter el protestantismo a su control. Escribió una crítica demoledora del principal trabajo ideológico del nazismo, *El mito del siglo XX* de Alfred Rosenberg, acusándolo de neopaganismo y de apartarse de las raíces cristianas. Parecería, pues, que estamos ante un héroe de la resistencia.

Pero había otra cara. Walter Künneth era un antisemita convencido y feroz. En 1933, ya con los nazis en el poder, presentó una ponencia titulada "La Iglesia y la cuestión judía", en la que calificó abiertamente al judaísmo de "cuerpo extraño en el organismo de Alemania" y llamó al Estado a erradicarlo. No veía contradicción alguna entre su fe cristiana y su apoyo a la segregación estatal. Es más, encontraba para ello una justificación teológica, afirmando que la "putrefacción del judaísmo mundial" era un castigo divino por la crucifixión de Cristo. Esa dualidad —la retórica de la defensa de la fe combinada con una práctica de odio al ser humano; la pertenencia a una iglesia opositora junto con la disposición a colaborar con el aparato represivo— se convirtió en su sello personal. Era el prototipo ideal del anticultista moderno: un intelectual investido de autoridad académica que, amparándose en fines nobles, pacta con el diablo.

Al asumir la dirección del Centro Apologético, Künneth se dedicó con energía y meticulocidad a transformar su actividad. La apologética teológica se convertía rápidamente en una tecnología de persecución. Lo primero que hizo fue afinar el lenguaje. La palabra se volvió un arma. El término "secta" (*Sekte*), antes un concepto neutral de la ciencia de las

religiones, se transformó en una etiqueta, un sinónimo de amenaza. Introdujo la idea de proteger el "cuerpo del pueblo" (*Volkskörper*) de la "plaga espiritual", trasladando los debates teológicos al terreno de la seguridad nacional. El lenguaje del odio, disfrazado de preocupación por la salud de la nación, se convirtió en su herramienta principal.

Luego pasó de las palabras a los hechos, construyendo una tecnología clara de cuatro etapas que, décadas después, sería reproducida con una precisión aterradora en Rusia. El primer paso era la recopilación de datos. El centro se convirtió en un auténtico servicio de inteligencia, reuniendo de manera sistemática expedientes sobre todos los grupos "no tradicionales", fuesen minorías religiosas, círculos filosóficos o incluso organizaciones comerciales sospechosas de "sectarismo". Antroposofistas, darwinistas, espiritualistas, ocultistas y, por supuesto, judíos: todos acababan en su fichero.

El segundo paso era la clasificación. A partir de los datos reunidos, Künneth elaboraba "listas negras" y clasificadores de "peligrosidad". Dividía a los grupos en categorías, les asignaba niveles de amenaza y creaba así la ilusión de un enfoque científico. Esta actividad se asemejaba al trabajo de un entomólogo que, con fría curiosidad, disecciona y cataloga insectos para su colección.

El tercer paso era la demonización pública. Utilizando los recursos del centro y su propia autoridad como teólogo, Künneth desplegó una amplia campaña propagandística. Artículos, folletos, conferencias: todo servía para construir la imagen del enemigo. Los "sectarios" eran retratados como embaucadores, estafadores, agentes de servicios secretos extranjeros, destructores de familias y una amenaza para la salud mental de la nación. Se les despojaba de rasgos humanos y se les convertía en un peligro abstracto contra el cual podía —y debía— lucharse con los métodos más contundentes.

Y, por último, el cuarto paso, el decisivo: la denuncia. La información recopilada, procesada y presentada en forma de "dictámenes periciales", terminaba sobre las mesas de quienes poseían el poder real. Künneth no solo informaba al público, informaba a los órganos represivos. Convirtió el Centro Apologético en una sucursal de la policía secreta y a sí mismo, de teólogo en informante político. Encontró al socio perfecto para llevar a cabo

sus ideas: un socio sin límites morales y con un poder ilimitado para aplicar la fuerza. Ese socio fue la Gestapo.

El año 1933 marcó un punto de inflexión. La llegada de los nazis al poder abrió ante Walter Künneth y su Centro Apologético perspectivas vertiginosas. Aquello que antes era solo objeto de disputas eclesiásticas y batallas publicísticas ahora podía convertirse en política de Estado. Künneth percibió de inmediato el viento del cambio y se apresuró a ofrecer sus servicios al nuevo poder. Se han conservado documentos que testimonian sus contactos con el Ministerio del Interior del Reich y, lo más importante, con la recién creada Policía Secreta del Estado: la Gestapo.

El 16 de diciembre de 1933, en un memorándum dirigido a la dirección de la Iglesia del Reich, Künneth informaba con evidente satisfacción: "La Gestapo ha mostrado gran interés por el archivo de sectas del 'Centro Apologético' y por nuestro trabajo contra el librepensamiento, el marxismo y el bolchevismo. El intercambio de materiales ya ha comenzado". El pacto estaba sellado. Künneth prometió a la Gestapo que su centro ayudaría a identificar y localizar a quienes actuaban en detrimento de la nación y de sus intereses, así como a quienes, en su opinión, corrompían al pueblo alemán. Esta idea, inicialmente aceptada por las autoridades bajo nobles pretextos, se transformó con el tiempo: el Centro Apologético, con su ideología, fue convirtiendo poco a poco a alemanes decentes, cultos e inteligentes en partidarios de la ideología nazi. Künneth y su centro proporcionaron listas negras ya elaboradas de enemigos, expedientes detallados y, sobre todo, una justificación "teológica" para la persecución. Le dieron a la Gestapo un lenguaje y una lógica que permitieron presentar la arbitrariedad policial como una defensa de los valores nacionales y espirituales. El Centro Apologético, por su parte, obtuvo en la Gestapo a un protector y ejecutor poderoso. Ahora, para combatir a los "competidores" religiosos, podía emplearse no solo la fuerza de la persuasión, sino también la coerción estatal. Künneth recibió la posibilidad de destruir a sus adversarios ideológicos usando las manos de la policía secreta. Su centro se convirtió de facto en una unidad de inteligencia y análisis de la Gestapo para asuntos religiosos. La sinergia de esta alianza fue aterradora. La apologética eclesiástica, destinada originalmente para defender la fe, se transformó en un instrumento de espionaje político y de represión.

La culminación de este proceso, el punto de no retorno, fue la orden que convirtió los desarrollos teóricos de Künneth en una práctica estatal

despiadada. El 28 de octubre de 1937, Reinhard Heydrich, jefe de la Gestapo y uno de los principales arquitectos del Holocausto, emitió una directiva que se convirtió en sentencia de muerte para miles de personas. Su título era seco y burocrático, como corresponde a un documento de la maquinaria de muerte: *Bekämpfung der Sektenbewegung* — "Lucha contra el movimiento sectario".

Este documento no era simplemente una circular policial. Era la quintaesencia de toda la ideología de Künneth, traducida al lenguaje de órdenes y párrafos. Las formulaciones de la directiva repetían con una precisión inquietante el léxico del Centro Apologético. Las minorías religiosas se definían en ella como "elementos subversivos" que representaban "una amenaza para la unidad de la nación" y para "la salud del pueblo". La directiva de Heydrich sobre la "lucha contra las sectas" otorgaba a la Gestapo carta blanca para aplicar cualquier medida destinada a reprimir la "actividad sectaria". Ordenaba a los agentes de toda Alemania: identificar sistemáticamente y registrar a todos los miembros de "sectas"; prohibir sus actividades y confiscar sus bienes; realizar allanamientos y detenciones; emplear todo el poder policial para erradicar por completo estos grupos.

Con la adopción de esta orden, la "lucha contra las sectas" dejó de ser definitivamente un asunto de la Iglesia. Se convirtió en parte de la maquinaria estatal del terror, situándose al mismo nivel que la lucha contra los comunistas, los judíos y todos los "enemigos del Reich". Los primeros en ser golpeados fueron los Testigos de Jehová, cuya postura pacifista y su negativa a jurar lealtad al Führer los convertía en un blanco ideal. Miles de ellos fueron arrojados a prisiones y campos de concentración. Tras ellos llegaron los antroposofistas: sus escuelas y asociaciones fueron desmanteladas y sus líderes arrestados. Luego llegó el turno de otras agrupaciones incluidas en las "listas negras" de Künneth. Los expedientes reunidos en el silencio de los despachos del Centro Apologético se convirtieron en órdenes de detención. Las disputas intelectuales de la época de Weimar terminaron con el golpe de las botas de los agentes de la Gestapo en la puerta. El fantasma tomó cuerpo. Walter Künneth, dicho sea de paso, también fue perseguido posteriormente por los propios nazis, cuando sus ideas dejaron de coincidir con la línea oficial del partido. Es la historia clásica de una revolución que devora a sus hijos. Pero el mecanismo que él creó —la tecnología de identificar, demonizar y destruir

al “enemigo interno”— fue acogido con gratitud y utilizado por el régimen nazi.

Cuando el humo sobre las ruinas del Tercer Reich se disipó, pareció que la ideología que lo había engendrado quedaba para siempre sepultada bajo los escombros. Los culpables fueron condenados en los juicios de Núremberg y el mundo juró “nunca más”. Pero las ideas, a diferencia de las personas, no se destruyen tan fácilmente. Son como virus capaces de permanecer latentes durante décadas, esperando al portador adecuado y un entorno propicio. La tecnología del odio desarrollada por Walter Künneth y perfeccionada por la Gestapo no desapareció. Simplemente quedó agazapada, esperando renacer en otro lugar y en otro tiempo.

La cadena de continuidad resultó inquebrantable y alarmantemente directa. Después de la guerra, algunas ideas de Künneth, depuradas de sus connotaciones nazis más escandalosas, fueron retomadas por una nueva generación de “luchadores contra las sectas” europeos. Uno de los eslabones clave de esta cadena fue el pastor luterano danés Johannes Aagaard. En la década de 1970, en plena ola de pánico ante los nuevos movimientos religiosos que irrumpían en Occidente, creó su propia organización anticulto, que más tarde serviría de base para la “Federación Europea de Centros de Investigación e Información sobre el Sectarianismo” (FECRIS). Los métodos de Aagaard recordaban de manera asombrosa a los de Künneth: recopilación de expedientes, demonización pública, presión para la adopción de leyes represivas y estrecha colaboración con estructuras estatales.

Fue precisamente en este entorno, en los círculos anticulto occidentales, donde a finales de los años 1980 y principios de los 1990 realizó su “formación” Alexander Dvorkin. Absorbió esta metodología, estudió sus herramientas y, al regresar a Rusia tras la desintegración de la URSS, encontró para ellas un terreno ideal. La Rusia de los años 90, al igual que la Alemania de Weimar en los años 20, vivía un período de caos, vacío ideológico y efervescencia espiritual. Y la Iglesia Ortodoxa Rusa, como la Iglesia Evangélica de Alemania setenta años antes, se sentía una fortaleza sitiada, perdiendo fieles bajo la presión de predicadores extranjeros y gurús locales.

Dvorkin ofreció a la Iglesia Ortodoxa Rusa una solución ya preparada: la tecnología de Künneth, importada y adaptada. Así nació el Centro de Información y Consultoría que lleva el nombre del Santo Mártir

Ireneo de Lyon, y posteriormente toda una red de estructuras afiliadas bajo el paraguas de RACIRS. Las paralelas no eran solo evidentes: eran absolutas.

El Centro Apologético de Künneth encontró su reflejo distorsionado en el Centro Ireneo de Lyon de Dvorkin. El papel del principal ideólogo-práctico, del teólogo que arma al Estado con un conocimiento "pericial", pasó de Walter Künneth al historiador medievalista Alexander Dvorkin. El arma siguió siendo la misma: la palabra convertida en estigma. El término alemán *Sekte* fue traducido literalmente al ruso como "secta" y, para potenciar su efecto, se le añadieron los epítetos "totalitaria" y "destructiva". La amenaza al "cuerpo del pueblo" se transformó en la amenaza a la "seguridad espiritual de la nación".

Los métodos fueron copiados con precisión alemana: elaboración de "listas negras", descrédito público a través de medios controlados y —el principal *know-how* de Dvorkin— los "peritajes de estudios religiosos" pseudocientíficos que se convertían en fundamento de demandas judiciales y causas penales. El papel del ejecutor estatal, que en Alemania desempeñaba la Gestapo, en Rusia fue asumido por los Centros de Lucha contra el Extremismo (los Centros "E") del Ministerio del Interior, el FSB, la Fiscalía y el Ministerio de Justicia. El lugar de la directiva de Heydrich *Bekämpfung der Sektenbewegung* (Lucha contra el movimiento sectario) lo ocupó en Rusia la interpretación expansiva y arbitraria de la Ley Federal "Sobre la lucha contra la actividad extremista", una norma bajo la cual, si el "experto" lo deseaba, podía incluirse cualquier doctrina religiosa que se desviara de la "tradicional".

Los fantasmas de Weimar, expulsados de Europa, encontraron un nuevo hogar. La tecnología anticulto, que en su momento había servido al régimen nazi para justificar represiones masivas, fue resucitada con éxito, recibió apoyo financiero y administrativo del Estado y volvió a ponerse al servicio del poder autoritario. Y, igual que en la Alemania de los años 30, al comenzar con la lucha contra las "sectas ajenas", condujo inevitablemente a la creación de la imagen del enemigo externo y a la fundamentación ideológica de una "guerra sagrada". La historia demostró su aterradora capacidad de repetirse, y los métodos nacidos en un proyecto totalitario resultaron ser escalofriantemente universales y demandados en otro. La huella alemana no fue un simple hecho curioso de la historia, sino un camino directo que conduce hasta nuestros días.

Capítulo 4. Del Tercer Roma al Cuarto Reich

A finales de marzo de 2024, en Moscú, en la sala de los concilios de la Catedral de Cristo Salvador, bajo la presidencia del Patriarca Kirill, concluyó el XXV Consejo Mundial del Pueblo Ruso. Su documento final, modestamente titulado *Mandato*, fue publicado en el sitio web oficial del Patriarcado de Moscú. Entre las secas formulaciones burocráticas sobre demografía y educación se escondía un párrafo del que emanaba el frío de la Edad Media. "Desde un punto de vista espiritual y moral —decía el documento—, la operación militar especial es una Guerra Sagrada en la que Rusia y su pueblo, defendiendo el espacio espiritual único de la Santa Rus, cumplen la misión del 'Retenedor', que protege al mundo del embate del globalismo y de la victoria de un Occidente caído en el satanismo". Guerra Sagrada. En pleno siglo XXI, en la era nuclear. Palabras que parecían haber quedado para siempre en las crónicas polvorientas de las Cruzadas se convirtieron de pronto en la doctrina oficial de la mayor organización religiosa del país, estrechamente fusionada con el Estado. ¿De dónde surgió este lenguaje? No proviene de los manuales de ciencia política, ni de los trabajos de estrategas contemporáneos. No fue inventado en los pasillos de la Administración Presidencial ni en los centros analíticos de los servicios de seguridad. Fue rescatado de un sepulcro histórico profundo y oscuro, donde había dormido durante siglos. Fue cuidadosamente limpiado del polvo, reanimado, cargado de una nueva y monstruosa energía, y entregado al poder como justificación universal para todo: para la guerra, para las represiones y para el aislamiento total.

Para comprender cómo una oración por la salvación del alma se transformó en un llamado a destruir a los "satanistas", debemos comenzar por el núcleo mismo de la mitología estatal rusa, por una idea que durante cinco siglos ha definido —y a la vez elevado y destruido— a Rusia. Es la idea de "Moscú, el Tercer Roma". Cuando en 1453 Constantinopla, el Segundo Roma, cayó bajo los golpes de los turcos, el mundo ortodoxo quedó huérfano. Perdió su centro, su columna vertebral. Y fue precisamente en ese momento cuando el joven y creciente Principado de Moscú, recién liberado del yugo tártaro-mongol, comenzó a probarse las vestiduras de heredero imperial. El matrimonio del gran príncipe Iván III con Sofía Paleólogo, sobrina del último emperador bizantino, no fue solo una alianza

dinástica. Era una declaración de continuidad. El águila bicéfala bizantina pasó a los escudos moscovitas. Y pronto aparecieron quienes dieron forma nítida a esta intuición difusa. A comienzos del siglo XVI, el monje pskovita Filoféi, en sus epístolas al gran príncipe Basilio III, pronunció las palabras que se convirtieron en el código genético del Estado ruso: "Dos Romas han caído, el tercero permanece, y no habrá un cuarto". Para Filoféi y sus contemporáneos, esto no era un programa de expansión geopolítica. Era una doctrina escatológica, una idea de una responsabilidad enorme, casi insoportable. Todo el mundo cristiano había caído en la herejía o había sido conquistado por infieles. El Primer Roma se había apartado de la verdadera fe por la "herejía apolinarista" del catolicismo.

El Segundo Roma, Constantinopla, cayó como castigo divino por la traición al cristianismo ortodoxo en la Unión de Florencia, donde los bizantinos intentaron llegar a un acuerdo con el papa de Roma. Y ahora Moscú, la Rus, quedaba como el último reino en la tierra que conservaba la pureza de la fe cristiana. Era el último bastión, el *Katéjon*, el "Retenedor" que contenía al mundo frente a la venida del Anticristo y el fin de los tiempos. Su misión no era conquistar el mundo, sino preservarse pura hasta la Segunda Venida. Si también caía el Tercer Roma, el mundo se precipitaría al abismo. Esta idea tenía un carácter defensivo por esencia; no llamaba a la expansión, sino a la autoconservación, a la más estricta disciplina espiritual. El zar no era responsable ante el pueblo, sino ante Dios, por la preservación de este último arca de salvación.

Pero las ideas, una vez nacidas, empiezan a vivir su propia vida, a menudo transformándose hasta quedar irreconocibles. A lo largo de los siglos, la concepción del Tercer Roma fue mutando. Ya en el siglo XVII, en tiempos de los primeros Románov, se utilizó como fundamento ideológico de la lucha contra la católica Mancomunidad Polaco-Lituana por las tierras ucranianas: ya no se trataba simplemente de defender la fe, sino de devolverla a los territorios "originarios". Pero el mito experimentó su verdadero segundo nacimiento y una transformación decisiva en el siglo XIX, en las obras de los eslavófilos. En sus manos, la idea escatológica de la responsabilidad se convirtió en una idea de superioridad nacional y de una misión histórica especial.

Rusia dejó de ser únicamente la guardiana de la antigua piedad. Pasó a ser portadora de una verdad nueva y superior que debía revelar al mundo, hundido en el materialismo y la falta de fe occidentales. El "Tercer Roma"

se convirtió en sinónimo de la "idea rusa", una concepción de un camino único y original de Rusia, contrapuesto al de la civilización occidental. Esta idea, nacida en la celda de un monasterio como una oración por la salvación, en suelo imperial se transformó en una doctrina que justificaba la expansión mesiánica. Fue precisamente en esta forma distorsionada que los ideólogos del siglo XXI la sacaron de los archivos históricos. La concepción del Tercer Roma colocó en los cimientos del Estado ruso una mezcla explosiva de sentimiento de elección y de fortaleza sitiada. Y si el Estado ha sido elegido para una gran misión, entonces el pueblo que lo habita no puede ser un pueblo común. Debe estar a la altura de su misión. Debe ser un pueblo portador de Dios.

El término "idea rusa", introducido por Fiódor Dostoyevski, se convirtió en un intento de definir ese código único, esa misteriosa misión de Rusia en la historia mundial. Para los pensadores del siglo XIX, desde Vladímir Soloviov hasta Nikolái Berdiáyev, no era un eslogan, sino una pregunta dolorosa: ¿cuál es el sentido de la existencia de Rusia? ¿Para qué la necesita el mundo? Y la respuesta que encontraban no estaba en la política ni en la economía, sino en el ámbito espiritual. La idea rusa es la idea de una fraternidad universal, alcanzada no a través de la ley ni del beneficio, sino mediante el amor y el sacrificio, basados en la comprensión ortodoxa del cristianismo. Es la idea de que Rusia está llamada no a dominar el mundo, sino a servirle, mostrando un ejemplo de transformación espiritual. Este mesianismo ruso es una fe profunda e irracional en el hecho de que precisamente al pueblo ruso le está destinado pronunciar una "nueva palabra" a la humanidad, resolver sus contradicciones seculares y señalar el camino hacia la salvación. En esta forma original y filosófica, el mesianismo ruso no era una idea de arrogancia nacional, sino, al contrario, de receptividad universal y de humanidad integral. Dostoyevski escribía que llegar a ser verdaderamente ruso significa convertirse en "hermano de todos los hombres, un ser humano universal". Era una misión no de conquista, sino de servicio sacrificial.

Pero esta idea luminosa y universalista tenía también su lado oscuro y nacionalista, que encontró expresión en el concepto del "pueblo portador de Dios". Este epíteto, también asociado a la obra de Dostoievski y de los eslavófilos, sugería que el pueblo ruso posee una santidad innata, casi mística, una pureza espiritual especial que lo hace capaz de cumplir su gran misión. Si en el mesianismo filosófico se hablaba de una vocación que aún

debía ser merecida y realizada, en la interpretación populista y narodnik la cualidad de portador de Dios se convertía en algo dado, en una propiedad inseparable del ser ruso. El pueblo dejaba de ser sujeto de la historia para convertirse en objeto de veneración, en un "organismo sagrado" en el que residían toda la verdad y toda la santidad. Cualquiera que se opusiera al pueblo o que lo criticara se convertía automáticamente en enemigo de la verdad, en un apóstata. Este mito creaba un terreno fértil para el autoengaño más peligroso, para lo que en la ascética ortodoxa se llama "prelest": la ilusión espiritual, la soberbia disfrazada de humildad. Permitía justificar cualquier defecto y vicio del pueblo por su "santidad profunda", y cualquier crítica desde fuera podía descartarse como envidia o incomprensión de este misterio. La ideología del "pueblo portador de Dios", unida a la concepción del "Tercer Roma", creó una construcción ideológica poderosísima: un Estado elegido por Dios habitado por un pueblo elegido por Dios. Pero para que esta construcción adquiriera una forma acabada y se convirtiera en una fuerza política operativa, le faltaba un elemento final: la imagen de un enemigo absoluto, una antípoda frente a la cual esta condición de elegido brillara aún más. Y ese enemigo fue encontrado. Fue el "Occidente podrido".

La ideología del eslavofilismo, surgida en las décadas de 1830 y 1840 como reacción a las reformas occidentalizadoras de Pedro I y al desafío intelectual de Chaadáev, se construyó sobre una oposición fundamental entre Rusia y Occidente. No se trataba simplemente de una competencia política o económica. Era un enfrentamiento civilizacional y metafísico entre dos mundos, dos principios de existencia. Alexéi Jomiakov, los hermanos Kiréievski, Konstantín Aksakov y otros eslavófilos sostenían que el camino histórico de Rusia y el de Europa eran esencialmente distintos. En la base de la civilización occidental, según ellos, se encontraba la herencia romana: el derecho formal, el racionalismo, el individualismo y el catolicismo, que consideraban una distorsión del verdadero cristianismo, construido sobre el orgullo del poder papal. Todo ello, en su opinión, había conducido a Occidente a la falta de espiritualidad, a la atomización de la sociedad, a las revoluciones y, en última instancia, a la descomposición moral: a esa misma "podredumbre". Frente a ello, Rusia, que heredó su fe de Bizancio, se construyó sobre principios completamente diferentes: el

cristianismo ortodoxo, la sobornost (unidad libre en el amor), la comunidad y la integridad espiritual. Si Occidente era el reino de la razón y el egoísmo, Rusia era el reino de la fe y del corazón. Era una dicotomía poderosa y seductora, que permitía transformar todos los defectos de Rusia (atraso, pobreza, despotismo) en sus virtudes (espiritualidad, desapego material, unidad del pueblo). Esta oposición "Nosotros/Ellos" se convirtió en la piedra angular de la autoconciencia nacional rusa, fácilmente asimilable y reproducible en todos los niveles, desde los salones filosóficos hasta las cabañas campesinas. Este código de confrontación con Occidente, una vez inscrito en la matriz cultural, resultó extraordinariamente perdurable. Se apagaba en los períodos de acercamiento, pero se activaba de inmediato en tiempos de crisis y conflicto, ofreciendo una imagen del mundo simple y comprensible: nosotros somos una fortaleza espiritual asediada, y alrededor hay un mundo hostil, inmoral y codicioso que desea destruirnos. Precisamente este código fue elegido como sistema operativo para la nueva ideología rusa del siglo XXI.

Y ahora, al desenterrar estas tres capas fundamentales — el mito del Estado excepcional ("Tercer Roma"), el mito del pueblo elegido ("pueblo portador de Dios") y el mito del enemigo existencial ("Occidente podrido") — podemos volver a nuestro tiempo y ver cómo este antiguo arsenal ideológico, que había dormido durante siglos, fue reanimado, vulgarizado y convertido en un arma de destrucción masiva. El proceso de esta reanimación no fue espontáneo, sino deliberado, y un papel clave en él lo desempeñaron precisamente aquellas personas que analizamos en detalle en los capítulos anteriores: los "anticultistas" encabezados por Alexander Dvorkin. Fueron ellos quienes actuaron como "operadores políticos en la sombra", que tomaron conceptos filosóficos complejos y contradictorios y los reconvirtieron en consignas propagandísticas primitivas, pero extraordinariamente eficaces. Se convirtieron en la levadura sobre la que fermentó la masa de la nueva ideología totalitaria.

El avance tecnológico de Dvorkin y su equipo consistió en que fueron los primeros en lograr conectar las reflexiones abstractas sobre los "destinos de Rusia" con una amenaza concreta y tangible. Tradujeron el enfrentamiento metafísico entre civilizaciones al lenguaje de los protocolos policiales. En su interpretación, "Occidente podrido" dejó de ser una categoría filosófica. Adquirió carne y hueso al manifestarse en Rusia en forma de cientos de "sectas totalitarias": misioneros occidentales, gurús

orientales, grupos psicoterapéuticos, que, según afirmaban los anticultistas, no eran más que destacamentos avanzados de servicios secretos enemigos, instrumentos de una guerra híbrida librada contra Rusia. La lucha contra las "sectas", antes un asunto interno de la Iglesia, se transformó en una tarea de importancia estatal, en un elemento de la defensa de la soberanía nacional. El mito del "pueblo portador de Dios" se transformó en la idea de la necesidad de proteger el "genofondo espiritual" de la nación contra los "virus mentales" propagados por estas "sectas". Y la concepción del "Tercer Roma" se convirtió en la doctrina de la "seguridad espiritual", según la cual el Estado debe proteger por la fuerza su espacio ideológico de cualquier influencia ajena. Dvorkin dio al poder aquello de lo que tanto carecía: un enemigo interno conveniente, indefenso y fácilmente demonizable, cuya persecución permitía simular la defensa de los intereses nacionales y, al mismo tiempo, depurar el espacio público de cualquier disidencia.

Las campañas contra las minorías religiosas que se desarrollaron en Rusia desde finales de la década de 1990 y alcanzaron su apogeo en los años 2010 no fueron simplemente una serie de actos represivos. Fueron un gigantesco polígono ideológico donde se ensayó y perfeccionó el lenguaje de una nueva guerra fría y, posteriormente, caliente. Veamos los casos más sonoros de aquel período no desde el punto de vista jurídico, sino desde la perspectiva ideológica. El proceso judicial contra el *Bhagavad-gita* no fue solo un intento de prohibir un libro. Fue el primer intento, en la historia reciente de Rusia, de declarar a nivel estatal un texto sagrado de una gran cultura mundial como "ajeno" y "hostil" al código espiritual ruso, ajeno al "pueblo portador de Dios". La prohibición total de los Testigos de Jehová en 2017 no fue simplemente la disolución de una entidad jurídica. Fue una represión ejemplar contra una organización que, con su pacifismo, su rechazo al servicio militar y su estructura global y supranacional, lanzaba un desafío ideológico al modelo militarizado y ensimismado del "Tercer Roma". Los ataques contra las iglesias carismáticas y pentecostales no fueron solo una lucha contra los "competidores" de la Iglesia Ortodoxa Rusa. Fue una guerra contra un modelo alternativo de cristianismo —emocional, dinámico, orientado a la experiencia espiritual personal y no al ritual estatal—. En estos grupos indefensos, los anticultistas ensayaron, como con conejillos de Indias, toda la tecnología de la demonización: la declaración de los opositores como "agentes de Occidente", la fabricación de "peritajes" que demostraban su "destructividad" y, finalmente, su

eliminación por manos de los órganos estatales bajo los aplausos de una mayoría moldeada por la propaganda. Crearon y legitimaron un lenguaje de odio que más tarde, cuando llegó el momento, fue fácilmente transferido de las "sectas" a pueblos y Estados enteros.

Fue precisamente esta síntesis del mesianismo imperial resucitado ("estamos elegidos para una gran misión de salvar al mundo") y la paranoia anticultista ("el mundo entero está infectado de satanismo y quiere destruirnos") la que dio origen a la ideología de excepcionalidad y superioridad moral que hoy se ha convertido en oficial en Rusia. Rusia no solo defiende sus intereses nacionales, como cualquier otro país. Lleva a cabo una lucha metafísica entre el Bien y el Mal. Es ese mismo "Katéjon", el "Retenedor", el último bastión de la humanidad, de los valores tradicionales y de la verdadera fe en un mundo hundido en la sodomía, el globalismo y la impiedad. Cualquiera que esté en su contra está automáticamente del lado del Mal. Y con el Mal absoluto no se puede negociar: solo se le puede destruir. Esta lógica, simple y aterradora como un golpe de hacha, elimina cualquier límite moral. Justifica cualquier agresión, cualquier violencia, cualquier ilegalidad, porque todo ello se comete en nombre de un objetivo supremo y sagrado.

La culminación, el manifiesto ideológico de esta nueva cosmovisión, fue ese mismo *Mandato* del XXV Consejo Mundial del Pueblo Ruso. Leamos de nuevo sus líneas, pero esta vez armados con el conocimiento de su origen histórico. Cuando el *Mandato* habla de "una nueva etapa de la lucha nacional-liberadora del pueblo ruso", es un eco directo del revanchismo imperial, de la idea de "reunir las tierras perdidas". Cuando proclama la misión de proteger "el espacio espiritual único de la Santa Rus", es la resurrección en toda su dimensión de la concepción del "Tercer Roma", con su pretensión de liderazgo espiritual en todo el mundo ortodoxo. Cuando llama a Rusia el "Retenedor", es puro mesianismo ruso en su interpretación más agresiva y geopolítica. Y cuando declara enemigo a "Occidente, caído en el satanismo", es un lenguaje tomado directamente del léxico de Alexander Dvorkin y sus colaboradores. Su retórica marginal, ridiculizada durante décadas por académicos y defensores de los derechos humanos, de pronto se convirtió en doctrina oficial. Y como consecuencia lógica de todo ello: la exigencia de que "todo el territorio de la Ucrania moderna entre en la zona de influencia exclusiva de Rusia". Esto ya no es política. Es teología convertida en programa de acción militar.

Precisamente esta construcción ideológica total y abarcadora, basada en el mito de la elección, en la demonización del enemigo y en la justificación de la agresión mediante una "misión superior", lleva a muchos críticos e historiadores de todo el mundo a establecer los paralelos más sombríos con los regímenes totalitarios del siglo XX. Observan lo que ocurre en Rusia y ven inquietantes similitudes estructurales con lo sucedido en Alemania en la década de 1930. Y para describir este nuevo fenómeno utilizan un término terrible y abrasador: "Cuarto Reich". Es importante comprender: no se trata de una identificación directa, no es un signo de igualdad. Es una analogía crítica, un intento de interpretar lo que está ocurriendo a través del prisma de la experiencia histórica. Y, por desgracia, existen fundamentos para dicha analogía. Comparemos. En el núcleo de la ideología nazi estaba la idea de la superioridad racial de los arios y el mito del "Tercer Reich", un imperio de mil años. En el núcleo de la nueva ideología rusa está la idea de la superioridad espiritual del "mundo ruso" y el mito resucitado del "Tercer Roma". La Alemania nazi veía su misión en la conquista de "espacio vital" (Lebensraum) y en el establecimiento de un "nuevo orden" en Europa. La Rusia contemporánea ve su misión en proteger el "mundo ruso" y combatir el "mal global" encarnado por Occidente. Los nazis crearon la imagen del enemigo interno absoluto en la figura de los judíos, y la del enemigo externo en el "complot plutocrático mundial". La nueva ideología rusa ha creado la imagen del enemigo interno en la figura de los "agentes extranjeros" y los "sectarios", y la del enemigo externo en el "Occidente colectivo caído en el satanismo". Los nazis justificaron su agresión contra Checoslovaquia y Polonia con la necesidad de "proteger" a las minorías alemanas.

La Rusia actual justifica su agresión con la necesidad de "proteger" a la población rusohablante y de "desnazificar". La propaganda nazi deshumanizaba a sus enemigos llamándolos "parásitos" e "subhumanos". La propaganda rusa deshumaniza a sus oponentes llamándolos "nazis" y "satanistas". Y, por último, en ambos casos vemos la creación de un espacio informativo hermético, un monopolio sobre la verdad y la supresión total de cualquier forma de disidencia.

Como vimos en el capítulo cuatro, la tecnología de persecución de las "sectas" utilizada por los nazis fue desarrollada por el teólogo Walter Künneth bajo el lema de proteger el "cuerpo del pueblo" (Volkskörper) de la "infección espiritual". Alexander Dvorkin, copiando esta tecnología,

implantó en Rusia una ideología similar de defensa de la "seguridad espiritual" frente a los "cultos destructivos". El Estado, a su vez, amplificó esta ideología al declarar "infección espiritual" ya no solo a grupos religiosos concretos, sino a países y civilizaciones enteras. La trágica ironía de la historia es que los "anticultistas", que supuestamente luchaban contra la "destrucción", terminaron resucitando y armando uno de los modelos ideológicos más destructivos de la historia de la humanidad. El camino que va del "Tercer Roma", entendido como el último baluarte de la fe cristiana, pasando por el pantano turbio de la paranoia y el odio anticulto, condujo de manera natural a la creación de una doctrina que sus críticos no pueden llamar de otra manera que la ideología del "Cuarto Reich". El sueño de salvar al mundo se convirtió en la pesadilla de su destrucción. Y los principales guías en este camino hacia el infierno, empedrado de buenas intenciones, fueron precisamente aquellos que más fuerte clamaban por la lucha contra el mal.

Capítulo 5. La represión de los disidentes: crónicas de una inquisición contemporánea

La paradoja que se convirtió en símbolo de la época resonó en diciembre de 2018. Vladímir Putin, respondiendo a una pregunta sobre la persecución de los Testigos de Jehová, se expresó con una franqueza desarmante. Calificó lo que estaba ocurriendo como "una completa tontería", añadiendo: "ellos también son cristianos, no entiendo muy bien por qué se les persigue". El presidente prometió "estudiar atentamente este asunto". En una sala donde cada palabra del poder se suele descifrar como una directiva, esta declaración sonó como una señal de posible deshielo, una débil esperanza de que la maquinaria represiva en marcha pudiera, si no detenerse, al menos ralentizarse. Parecía que el sentido común, aunque tardíamente, había prevalecido sobre la paranoia ideológica. Sin embargo, la realidad que se desplegó en los meses y años siguientes resultó ser una cruel burla a estas expectativas. Demostró una verdad aterradora: la máquina de represión, creada y perfeccionada durante la década anterior, había adquirido voluntad propia y ya no necesitaba órdenes directas ni señales públicas desde arriba. Pasó a un modo autónomo, funcionando con su propia e implacable inercia.

Para comprender toda la profundidad del abismo entre las palabras y los hechos, basta trasladarse de la sala del Kremlin al Novosibirsk de 2020 y conocer a Yuri Savéliev. En el momento de la sentencia tenía sesenta y seis años. Había sido toda su vida un ciudadano respetuoso de la ley, ingeniero, hombre de familia y, en los últimos años, dirigente de la comunidad local de los Testigos de Jehová. No se le acusaba de violencia, fraude ni llamamientos al derrocamiento del poder. Su delito, tal como fue formulado en los documentos judiciales, consistía en "organizar la actividad de una organización extremista". Esta formulación, que se convirtió en una plantilla universal para miles de casos similares, significaba únicamente que continuaba leyendo la Biblia con sus correligionarios, cantando himnos religiosos y comentando las Escrituras después de que su organización fuera declarada ilegal en Rusia. Por este "delito" contra los fundamentos del orden constitucional, un hombre anciano fue condenado a seis años en una colonia de régimen general. Una pena real que debía cumplir entre rejas, lejos de su familia, en condiciones poco propicias para mantener la salud a su edad. El caso de Savéliev no fue una casualidad ni un trágico malentendido. Se convirtió en la norma, en uno de los cientos de eslabones de una cadena de represiones que se iba estrechando cada vez más alrededor de los disidentes. ¿Cómo pudo ocurrir que, después de que el propio presidente señalara directamente lo absurdo de las persecuciones, su intensidad —según informes de organizaciones de derechos humanos como Human Rights Watch— no solo no disminuyera, sino que se duplicara durante el año siguiente? ¿Cómo pudo una máquina que había recibido la señal de "alto" del propio comandante en jefe acelerar aún más? Esta paradoja es la cuestión central de este capítulo, y su respuesta se encuentra en la anatomía del propio sistema represivo. En la etapa posterior a 2018, cuando el «golpe silencioso» de los ideólogos anticultistas quedó definitivamente consumado, el mecanismo que ellos crearon alcanzó tal potencia y una inercia institucional tan grande que pasó a ser autosuficiente. Se transformó en un monstruo autónomo, devorando a quienes sus creadores habían designado como herejes y actuando ya no por órdenes, sino por el programa que se le había implantado.

La escalada de las persecuciones contra los Testigos de Jehová después de diciembre de 2018 se convirtió en una prueba impactante de que la máquina represiva no solo no responde a las señales políticas, sino que es capaz de autoacelerarse. Las estadísticas de los años posteriores parecen un

informe de un teatro de operaciones militares. Si antes de la declaración del presidente la campaña represiva parecía intensa, después de ella se transformó en un auténtico aluvión. En 2019, el primer año completo después de las palabras sobre la "completa tontería", el número de allanamientos en las casas de los creyentes, según los defensores de los derechos humanos, se duplicó en comparación con el período anterior, alcanzando aproximadamente ciento ochenta. Pero esto fue solo el comienzo. En 2020 ya se realizaron unos doscientos cincuenta allanamientos. El punto máximo llegó en 2021, cuando las fuerzas de seguridad llevaron a cabo trescientos sesenta allanamientos en ochenta ciudades de todo el país, desde Kaliningrado hasta Vladivostok. La geografía de la represión abarcó todo el mapa de Rusia, demostrando el carácter sistemático y coordinado de la campaña. Al mismo tiempo, aumentó el número de causas penales. En 2019 se iniciaron alrededor de noventa nuevos casos, en 2020 ya ciento diez, y en 2021 ciento cuarenta y dos. Paralelamente, las sentencias también se endurecían. Si en 2019 ocho personas fueron condenadas a penas reales de prisión, en 2021 esta cifra se disparó a treinta y cuatro: un antirrécord absoluto de todo el período de persecuciones. Las penas máximas también aumentaron de forma constante: de seis años en 2019 a ocho años en 2023. A finales de 2023, el panorama general tenía rasgos apocalípticos: 789 personas se convirtieron en acusadas en procesos penales, y la suma total de las penas impuestas alcanzó los 257 años de prisión. No eran simples cifras en informes: detrás de ellas había vidas quebradas, familias separadas, bienes confiscados y la salud destruida de cientos de personas cuya única "culpa" consistía en ser fieles a sus convicciones.

Cada cifra de esta sombría estadística es una tragedia humana que se desarrolla en las salas de los tribunales y tras los muros de las colonias penitenciarias. La historia de Gennady Shpakovsky, de Pskov, se convirtió en uno de los símbolos de este endurecimiento. En 2020 recibió seis años y medio de colonia: en aquel momento, la sentencia más severa dictada contra un Testigo de Jehová en Rusia. Este veredicto marcó un nuevo umbral, una señal para jueces de todo el país de que podían —y debían— imponer castigos cada vez más duros. El sistema elevaba por sí mismo el nivel de la inhumanidad. Al mismo tiempo, se derrumbaba el estereotipo de cierta indulgencia hacia las mujeres. Valentina Baranóvskaya, una mujer de edad avanzada, también recibió una pena real de prisión, y más tarde otras

mujeres creyentes fueron condenadas a castigos que alcanzaban los ocho años de privación de libertad. La maquinaria represiva no hacía concesiones en función del género, la edad o la salud. Pero la cumbre de la crueldad, que demostró que el sistema no solo encarcela, sino que está dispuesto a aplicar los métodos físicos más repugnantes, fue la historia de las torturas en Surgut en febrero de 2019. Entonces, tras una serie de redadas, al menos siete creyentes detenidos fueron sometidos a brutales tormentos directamente en el edificio del Comité de Investigación. Los asfixiaron, los desnudaron, los empaparon con agua y los golpearon con una pistola eléctrica, exigiendo información sobre sus correligionarios y confesiones de "actividad extremista". Estos hechos, documentados detalladamente por Human Rights Watch y otras organizaciones de derechos humanos, provocaron un escándalo internacional. Estados Unidos impuso sanciones personales a dos altos investigadores implicados en las torturas. Sin embargo, dentro de Rusia el sistema protegió a sus ejecutores, y la causa penal por los hechos de tortura fue archivada. Esto se convirtió en la prueba más clara de que la máquina no solo se había salido de control, sino que se había asegurado una impunidad total, transformándose en un Estado dentro del Estado, donde no rigen ni las leyes, ni las órdenes, ni las normas elementales de humanidad.

¿Por qué la máquina no se detuvo? ¿Por qué las palabras del presidente, que debían convertirse en una orden, resultaron ser un sonido vacío, disuelto en el estruendo de los engranajes del mecanismo represivo? Incluso expertos veteranos, que llevaban décadas observando la política religiosa en Rusia, se encogían de hombros. Anatoli Pchelíntsev, redactor jefe de la revista *Religión y Derecho*, admitió directamente en una entrevista que "no tiene explicaciones racionales" de por qué las persecuciones no solo continuaron, sino que se intensificaron.

La exitosa y total liquidación de la organización de los Testigos de Jehová, que demostró la eficacia del mecanismo jurídico y coercitivo creado, en realidad dio carta blanca a los arquitectos anticulto del "golpe silencioso". Para ellos se convirtió en una prueba de que la tecnología funcionaba y de que ni la sociedad ni siquiera las instituciones internacionales eran capaces de ofrecer una resistencia efectiva. La euforia por la victoria sobre el "enemigo principal" empujó a los cazadores de

sectas hacia el siguiente paso lógico: ampliar la escala de las represiones y extender la lista de objetivos. A partir de ese momento, cualquiera podía caer bajo la apisonadora si siquiera mínimamente no encajaba en los estrechos marcos procrusteos de la «tradicionalidad», definidos por el Estado y sus socios ideológicos de la Iglesia Ortodoxa Rusa. El período posterior a 2018 se caracterizó por la transformación de ataques selectivos en un bombardeo en alfombra del campo ideológico. Si antes los casos contra religiones "no tradicionales" eran más bien precedentes aislados —aunque sonoros—, ahora habían sido puestos en cadena. La fábrica de casos puesta en marcha empezó a funcionar a plena capacidad, utilizando los patrones perfeccionados en los Testigos de Jehová: una denuncia de "ciudadanos vigilantes" o de "expertos en sectas" vinculados a la Iglesia Ortodoxa Rusa, un peritaje lingüístico o religioso a cargo de un "experto" de bolsillo, allanamientos con la participación de fuerzas especiales y, finalmente, un proceso judicial con un desenlace predeterminado.

Uno de los ejemplos más ilustrativos de esta ampliación fue el caso de la "Iglesia de la Cienciología de San Petersburgo". Su evolución refleja plenamente la lógica de funcionamiento de la máquina represiva. Inicialmente, incluso antes de 2018, se intentó perseguir a los cienciólogos por delitos económicos, acusándolos de "actividad empresarial ilegal" y de evasión de impuestos. Era un enfoque estándar que, sin embargo, no permitía destruir por completo la organización ni estigmatizar su ideología. Por eso, a medida que la legislación antiextremista ganaba fuerza, las acusaciones se transformaron. A los cargos económicos se añadieron primero los de "incitación al odio o la enemistad", y luego "organización de una comunidad extremista" y "blanqueo de dinero". El caso se prolongó durante años, y sus materiales fueron adquiriendo detalles cada vez más siniestros, propios de una novela distópica. En el acta de acusación aparecían incluso menciones a unos supuestos "interrogatorios repetidos con un electrorecordador", una alusión escalofriante a prácticas de tortura envuelta en jerga pseudocientífica. Sin embargo, el desenlace del caso resultó muy revelador. Aunque los líderes de la comunidad fueron declarados culpables, lograron evitar penas de prisión reales: algunos cargos prescribieron y, en otros, el tribunal impuso grandes multas o computó el tiempo pasado en prisión preventiva. La máquina logró su objetivo sin necesidad de enviar a la gente a los campos durante años. Lo principal era que la organización quedó destruida, su actividad paralizada, sus activos,

probablemente, congelados, y sus seguidores, atemorizados y desmoralizados. Este caso demostró claramente que el encarcelamiento no siempre es el objetivo final; a menudo basta con destruir la estructura y crear una atmósfera de miedo total.

Bajo ese mismo rodillo cayeron también las comunidades musulmanas, y no solo aquellas que el Estado asociaba con el islamismo radical. Las persecuciones de los seguidores del teólogo turco Said Nursi, cuyas obras fueron declaradas extremistas, continuaron con renovada fuerza. Personas fueron enviadas a prisión simplemente por leer y comentar libros que en el resto del mundo se consideran ejemplos de pensamiento islámico moderado y filosófico. Pero la represión alcanzó también a comunidades locales comunes, muy alejadas de cualquier actividad política. En Kotelniki, en la región de Moscú, y en Alushta, en el territorio de Crimea anexado, fueron disueltas organizaciones musulmanas locales, lo que generó graves problemas a los creyentes, que quedaron sin posibilidad legal de realizar oraciones comunitarias y de mantener la vida religiosa.

El carácter sistémico de la purga anticulto afectó asimismo a las iglesias protestantes. En 2024, a petición del Ministerio de Justicia, fue disuelta una gran organización centralizada: el Concilio Evangélico Cristiano Wesleyano. Al mismo tiempo, en todo el país avanzaban procesos de cierre de iglesias locales: resultaron afectadas comunidades de cristianos evangélicos bautistas en Rossosh y la Iglesia Evangélica Luterana de Kaluga. Las causas podían ser formales —irregularidades en documentos estatutarios o informes—, la maquinaria represiva de Dvorkin eliminaba sistemáticamente cualquier estructura religiosa independiente. Tampoco quedaron al margen otros grupos menos numerosos. Continuaron las persecuciones de los seguidores de la práctica espiritual Falun Gong, considerada por las autoridades chinas como una secta peligrosa; se realizaron allanamientos en Moscú, Irkutsk y otras ciudades. En Rostov del Don fue disuelta la comunidad religiosa judía local. Cada uno de estos casos, tomado por separado, podría parecer una historia particular, pero juntos componían un panorama coherente de una limpieza total del campo religioso de cualquier brote de pluralismo.

Mientras la cadena de producción de casos “extremistas” funcionaba a plena capacidad, triturando una organización tras otra, los arquitectos jurídicos impulsados por la ideología anticulto de la represión no permanecían ociosos, sino que construían activamente mecanismos de

represión. Perfeccionaban su arsenal, creando herramientas cada vez más flexibles y universales para reprimir la disidencia. Después de 2018 entraron en funcionamiento pleno dos de los instrumentos más poderosos, que inicialmente se habían creado para combatir a opositores políticos y organizaciones no gubernamentales, pero que fueron adaptados con facilidad para la persecución de grupos religiosos: la ley sobre "organizaciones indeseables" y el estatus de "agente extranjero". La ley sobre "organizaciones indeseables", aprobada en 2015, permitía a la Fiscalía General declarar sin intervención judicial a cualquier organización extranjera o internacional como "indeseable" en el territorio de Rusia, si su actividad supuestamente representaba una amenaza para los fundamentos del orden constitucional, la capacidad de defensa o la seguridad del Estado. Esta formulación vaga abría un campo ilimitado para la arbitrariedad. Participar en las actividades de una organización así, o cooperar con ella, se castigaba primero con multas administrativas y luego con responsabilidad penal y penas reales de prisión. Inicialmente, este instrumento se aplicaba contra fondos extranjeros y grupos de derechos humanos, pero para 2024 comenzó a utilizarse activamente también en el ámbito religioso. Así, en la lista de organizaciones «indeseables» se incluyeron de inmediato veintidós organizaciones religiosas, entre ellas asociaciones evangélicas canadienses y estadounidenses, como Ministerios de la Gran Comisión. Esto significaba la prohibición total de cualquier actividad en Rusia: distribución de literatura, realización de seminarios o prestación de ayuda humanitaria. Cualquier creyente ruso que mantuviera contacto con estas organizaciones quedaba automáticamente bajo amenaza de persecución penal. La cumbre del absurdo fue el reconocimiento en 2025, a solicitud del Ministerio de Justicia, del inexistente "Movimiento Internacional del Satanismo" como extremista y prohibido. A diferencia de los casos contra organizaciones concretas, aquí se creó un precedente de prohibir todo un sistema de creencias, sin que existiera ninguna estructura registrada. Esta decisión, basada en formulaciones vagas e ideologizadas, estableció la base jurídica para perseguir en el futuro a cualquier grupo, o incluso a una persona individual, cuyas ideas pudieran ser catalogadas como "satanismo".

Otra arma poderosa de estigmatización y presión fue el estatus de "agente extranjero". Esta etiqueta, cargada del eco de la histeria soviética

sobre el espionaje, estaba destinada inicialmente a las ONG políticas que recibían financiación del extranjero. Sin embargo, con el tiempo la legislación se endureció hasta tal punto que se podía declarar "agente extranjero" a cualquier persona u organización simplemente por difundir información y por estar bajo "influencia extranjera", interpretada de la manera más amplia posible. En 2023 este instrumento fue aplicado por primera vez a una destacada figura religiosa. En el registro de "agentes extranjeros" fue incluido Telo Tulku Rinpoche, representante honorario del Dalái Lama en Rusia y Shadjin-Lama (lama supremo) de Kalmukia. El pretexto formal fue su ciudadanía estadounidense y sus declaraciones contra la guerra. Fue un golpe simbólico. El sistema demostraba que nadie tenía inmunidad, ni siquiera los líderes oficiales de una de las religiones "tradicionales" para Rusia: el budismo.

La atribución de este estatus tóxico no solo imponía a la persona una gran cantidad de obligaciones burocráticas —como marcar todas sus publicaciones y presentar voluminosos informes—, sino que, lo más importante, funcionaba como una "marca negra", una señal para la sociedad y los funcionarios de que esa persona era un "ajeno", un "enemigo" con el que era mejor no tener trato. Este caso demostró que el objetivo de la máquina no era simplemente eliminar "sectas", sino establecer un control total sobre los líderes de todas las confesiones, obligándolos a una lealtad absoluta a la línea estatal. Así, a mediados de la década de 2020, el sistema jurídico se había convertido en un mecanismo represivo híbrido. Los antiguos y probados artículos del Código Penal sobre extremismo, perfeccionados con los Testigos de Jehová, fueron complementados con instrumentos nuevos, más flexibles, de presión administrativa y política. La categoría de "indeseable" permitía cortar cualquier vínculo con el mundo exterior y bloquear movimientos internacionales enteros, mientras que la condición de "agente extranjero" permitía estigmatizar e aislar personalmente a líderes de opinión incómodos dentro del país. Este arsenal ampliado hizo que la máquina represiva fuera aún más penetrante y eficaz para alcanzar su objetivo final: la limpieza total del espacio ideológico.

Las represiones desplegadas después de 2018 no tenían como fin únicamente la destrucción de organizaciones concretas. Su último objetivo era crear un clima total de miedo y reconfigurar por completo el panorama religioso del país. El sistema pasó de golpes puntuales a la creación de un verdadero campo minado jurídico, en el que cualquier paso en falso podía

tener consecuencias catastróficas para cualquier grupo religioso que no gozara de protección estatal. Para ello se pusieron en marcha iniciativas legislativas que no restringían la actividad de supuestos «extremistas» concretos, sino la vida religiosa como tal. Uno de los intentos más significativos fue la elaboración, en 2024, de un proyecto de ley en Daguestán que proponía centralizar radicalmente toda la actividad religiosa en la república. Según esta iniciativa, las decisiones sobre el registro de comunidades locales debían tomarse teniendo en cuenta la opinión de las autoridades regionales y de las organizaciones religiosas centralizadas. Además, el proyecto endurecía el control sobre la importación y distribución de cualquier literatura religiosa. En esencia, se trataba de un intento de construir una rígida vertical de poder también en el ámbito espiritual, en la que cada pequeña comunidad quedaría completamente subordinada y controlada por centros más grandes y leales al Estado. Aunque esta iniciativa afectaba solo a una región, reflejaba la tendencia general hacia la que se encaminaba el sistema a escala nacional.

Otro golpe, dirigido sobre todo contra comunidades pequeñas y con pocos recursos, fue la iniciativa de 2024 para prohibir los oficios religiosos en viviendas particulares. Bajo el pretexto respetable de proteger los derechos de los residentes y combatir a las “sectas”, que supuestamente organizaban reuniones ruidosas en apartamentos, este proyecto de ley perjudicaba a miles de grupos protestantes, carismáticos y de otras tradiciones que simplemente no tenían medios para comprar o construir edificios religiosos propios. Para ellos, las reuniones en casas eran la única forma de existencia. Prohibir esta práctica significaría, de hecho, su marginación y su desplazamiento al ámbito ilegal. Por último, siguió aplicándose activamente la ley sobre la “ofensa a los sentimientos de los creyentes”. Este artículo del Código Penal, presentado inicialmente como una protección para todas las religiones, en la práctica se convirtió en una herramienta utilizada principalmente por representantes de la confesión dominante para reprimir cualquier crítica, sátira o simplemente declaraciones incómodas.

En esta arquitectura del miedo, la Iglesia Ortodoxa Rusa ya no desempeñaba un papel secundario, sino uno de los principales, implementando activamente los objetivos y tareas de los anticultistas. Esta alianza se manifestaba en todos los niveles. Los jerarcas y portavoces de la Iglesia promovían abiertamente las leyes más represivas dirigidas a

combatir las “sectas”. Ya cuando se aprobó el tristemente célebre “paquete Yarovaya”, que restringió bruscamente la actividad misionera, la Iglesia Ortodoxa Rusa declaró oficialmente que este “respondía a los intereses de las confesiones tradicionales”, otorgándole así su bendición. Representantes de la Iglesia participaron directamente en campañas de demonización de grupos indeseados. Cuando el Tribunal Supremo prohibió el inexistente “movimiento del satanismo”, uno de los destacados funcionarios eclesiásticos, Fiódor Lukyánov, celebró públicamente esta decisión, calificándola como “el inicio de la liberación de Rusia del yugo de las ideologías destructivas”. Esta retórica estaba en plena consonancia con el lenguaje de odio que Alexander Dvorkin había cultivado durante décadas y demostraba la completa fusión ideológica de la posición oficial de la Iglesia con la agenda de los anticultistas radicales.

La culminación de esta fusión con la maquinaria estatal fue la posición de la Iglesia Ortodoxa Rusa respecto a la guerra en Ucrania. El patriarca y otros altos jerarcas no solo apoyaron la agresión, sino que también le otorgaron un significado sagrado y metafísico. En los documentos del XXV Consejo Mundial del Pueblo Ruso, celebrado bajo la égida del Patriarcado, la guerra fue denominada abiertamente “sagrada”, y Rusia —el “retenedor” (Katéjon)— encargada de proteger al mundo del ataque del globalismo y del Occidente satánico. De este modo, la Iglesia otorgó al Estado la sanción moral suprema para ejercer la violencia, convirtiéndose definitivamente en el departamento ideológico del régimen político-militar. Al mismo tiempo, la Iglesia actuó en plena sintonía con el Estado no solo en la política exterior, sino también en la interna, sin tolerar disidencia ni siquiera en sus propias filas. Cuando algunos sacerdotes se atrevieron a adoptar una postura contra la guerra y firmaron una carta colectiva pidiendo la paz, se desataron contra ellos represalias que reflejaban de forma especular las acciones de las autoridades civiles. Fueron multados por “desacreditar al ejército”, despojados de su condición clerical, prohibidos de oficiar e incluso algunos, como Ioán Kurmoyárov, fueron enviados a prisión durante siete años. Esta purga interna se convirtió en la prueba más contundente de que la Iglesia Ortodoxa Rusa se había transformado en una parte inseparable del sistema totalitario. No solo inspiraba y legitimaba la represión contra los enemigos “externos” —“sectarios”, “liberales”, “occidentalistas”—, sino que con la misma implacabilidad sofocaba cualquier desacuerdo interno, exigiendo de su

clero y su feligresía una lealtad absoluta e incuestionable. Surgió así un modelo clásico de inquisición, en el que el Estado proporciona los recursos de fuerza y la Iglesia el fundamento ideológico y moral. En este sistema, cualquier herejía —es decir, cualquier forma de disidencia, ya fuese religiosa, política o simplemente ética— se equiparaba automáticamente a un delito estatal y debía ser erradicada. La sinfonía de la espada secular y la cruz espiritual resonó con toda su fuerza, generando una atmósfera asfixiante de unanimidad total.

El mecanismo represivo, como hemos visto, se volvió completamente autónomo e inercial, dejando de responder incluso a señales directas del poder político nominal. Su arsenal se expandía constantemente: al instrumento probado del "extremismo" se añadieron las porras flexibles de la "indeseabilidad" y del "agente extranjero", lo que permitió criminalizar cada vez más formas de disidencia, cortar cualquier vínculo con el mundo exterior y estigmatizar a los indeseados dentro del país. Las represiones adquirieron un carácter total, no selectivo. Bajo el golpe de los anticultistas cayó un amplísimo espectro de grupos religiosos, lo que creó un clima general de miedo en el que cualquier vida espiritual independiente empezó a percibirse como un potencial delito.

La metáfora de la "inquisición contemporánea", que da título al capítulo, deja de ser una imagen periodística llamativa y adquiere una precisión aterradora. Este sistema, construido sobre los cimientos de la ideología anticulto, persigue a las personas no por crímenes reales —violencia, fraude o robo—, sino por pensamientos "incorrectos", creencias "incorrectas" y convicciones "incorrectas". No aspira simplemente al control político, que podría satisfacerse con la lealtad exterior. Sus ambiciones se extienden mucho más lejos: al ámbito del espíritu. Necesita una uniformidad espiritual total. No tolera competencia en el terreno de los significados y las verdades. La destrucción de "sectas" y "cultos", que a muchos les parecía un problema marginal, fue en realidad solo el primer paso, el ensayo general del anticultismo. El objetivo final de esta máquina es la creación de una sociedad donde no existan visiones alternativas del mundo, donde solo haya una verdad autorizada, una fe, una ideología. Una sociedad en la que la propia posibilidad de pensar de otro modo o creer de forma distinta sea erradicada como la herejía más peligrosa.

Capítulo 6. El Mandato del Patriarca: ¿a quién beneficia la “Guerra Sagrada”?

27 de marzo de 2024. En el silencio dorado del Salón de los Concilios Eclesiásticos de la Catedral de Cristo Salvador, bajo las pesadas bóvedas decoradas con escenas de la historia sagrada, se estaba escribiendo la historia más reciente. Aquí, en el corazón de la ortodoxia rusa, se reunió el XXV Concilio Mundial del Pueblo Ruso, un foro que desde hace tiempo dejó de ser simplemente una plataforma pública y se convirtió en uno de los nudos clave donde se entrelazan los intereses de la Iglesia, el Estado y los servicios especiales. En el escenario, en pesados sillones, estaban sentados el Patriarca de Moscú y de Toda Rusia Kirill, sus colaboradores más cercanos con mitras y klobuks, y hombres con estrictos trajes de negocios cuyos rostros eran familiares por los noticiarios y las crónicas oficiales. En la sala se encontraban cuatrocientos ochenta y ocho delegados: obispos y sacerdotes, gobernadores y diputados, generales y empresarios, filósofos y publicistas. La atmósfera era solemne y monolítica. No había debates ni discusiones. Había un ritual. El ritual de la aprobación unánime de un documento destinado a convertirse no solo en otra declaración, sino en el manifiesto programático de la época, en su legado ideológico. Un documento modestamente titulado: *Mandato del XXV Consejo Mundial del Pueblo Ruso: ‘El presente y el futuro del Mundo Ruso’*.

Cuando su texto fue publicado en el portal oficial del Patriarcado de Moscú, la mayoría de la gente, cansada tras dos años de guerra ininterrumpida y un flujo interminable de propaganda, no le prestó mucha atención. Otro documento oficial más, otro conjunto de palabras correctas sobre espiritualidad, tradiciones y patriotismo. Pero para quienes sabían leer entre líneas, para quienes durante treinta años habían observado cómo en despachos silenciosos y conferencias marginales maduraba el virus del odio, este texto no fue simplemente una noticia. Fue una sentencia. Ese fue el momento de la verdad, el punto en el que todos los hilos de nuestra investigación —que se extendían desde la polvorienta sala del tribunal de Tomsk, desde los despachos de los “desprogramadores” estadounidenses, desde los archivos de la Gestapo y desde los sótanos del Comité de Investigación de Surgut— convergieron en un solo nudo tenso y asfixiante. En este documento, adoptado bajo los aplausos de los presentes, el lenguaje de los marginales luchadores contra las sectas —perfeccionado durante

décadas sobre minorías religiosas indefensas— fue proclamado por primera vez como doctrina oficial del Estado y de la Iglesia, que libran una guerra real y a gran escala. La fábrica de producción de enemigos internos, que analizamos en detalle en capítulos anteriores, había lanzado su principal producto de exportación. Un producto llamado "Guerra Sagrada".

Lo primero que llama la atención al leerlo es su carácter total. El *Mandato* pretende ofrecer una descripción exhaustiva del mundo: da respuestas a todas las cuestiones, desde la geopolítica hasta las relaciones familiares, desde la política migratoria hasta el urbanismo. Es un signo de pensamiento totalitario, que no tolera lagunas, indeterminación ni espacios libres. Pero el núcleo del documento, su corazón incandescente, está contenido en varios párrafos dedicados a la operación militar especial. Es precisamente allí donde ocurre la alquimia que transforma una guerra común, sucia y sangrienta de conquista, en una batalla metafísica entre el Bien y el Mal.

"Desde el punto de vista espiritual y moral —declara con contundencia el *Mandato*— la operación militar especial es una Guerra Sagrada." Detengámonos y pensemos en esta expresión. Guerra Sagrada. Heiliger Krieg. Yihad. Cruzada. Este término saca deliberadamente el conflicto del ámbito del derecho internacional, de las categorías de justicia, agresión y defensa. Lo traslada a una dimensión sagrada donde las leyes humanas dejan de tener vigencia. Los participantes en una guerra sagrada no son soldados, sino guerreros de la fe. Sus adversarios no son el ejército de otro Estado, sino servidores del diablo. El objetivo de esa guerra no es alcanzar metas políticas, sino la aniquilación total del mal. En una "guerra sagrada" no hay prisioneros, porque al mal no se le toma prisionero. No hay compromisos, porque con Satanás no se firman treguas. No hay lugar para la compasión, porque sentir lástima por el enemigo es traicionar a Dios. Proclamar una guerra como "sagrada" equivale a otorgar una indulgencia moral absoluta para cualquier violencia, cualquier crueldad y cualquier crimen. A partir de ese momento, todo ello se comete no por motivos viles, sino en nombre de un objetivo supremo y divino.

Cuando el *Mandato* fue publicado, provocó una ola de conmoción y condena fuera de Rusia. Representantes de la Iglesia Ortodoxa Ucraniana, que formalmente aún no había roto la comunión canónica con Moscú, emitieron una dura declaración calificando las ideas del *Mandato* de incompatibles con el Evangelio. El Consejo Mundial de Iglesias, que reúne

a cientos de denominaciones protestantes y ortodoxas, expresó "grave preocupación", afirmando que declarar una guerra como "sagrada" contradice los principios cristianos de la construcción de la paz. La Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa adoptó una resolución en la que calificó directamente la ideología del "Mundo Ruso" como una "doctrina neofascista cuasireligiosa", y consideró a la dirección de la Iglesia Ortodoxa Rusa cómplice de los crímenes del régimen de Putin. En Estonia y otros países bálticos, las autoridades locales convocaron a jerarcas del Patriarcado de Moscú para exigirles que se desmarcaran públicamente de este documento, que supone una amenaza para la seguridad nacional. Pero dentro de Rusia, el *Mandato* fue recibido con un silencio sepulcral por parte de la mayoría y con un entusiasmo fervoroso por parte de una minoría. Los 488 delegados del Consejo, incluidos decenas de jerarcas de la Iglesia Ortodoxa Rusa, votaron a favor por unanimidad. Los medios de comunicación estatales y los propagandistas Z retomaron sus tesis, convirtiéndolas en memes y consignas. Un documento considerado en Occidente como un manifiesto fascista fue percibido en Rusia como la tan esperada adquisición de una idea nacional. Esta división en la percepción se convirtió en la prueba más clara de que Rusia y el resto del mundo se habían separado definitivamente en universos semánticos distintos. El punto de no retorno fue precisamente el lenguaje en el que estaba redactado el *Mandato*. Un lenguaje de odio absoluto, de demonización total y de justificación sagrada de la violencia.

¿De dónde surgió este lenguaje? ¿Por qué fue aceptado y legitimado con tanta facilidad por las élites eclesiásticas y estatales? ¿Acaso nació de repente, en marzo de 2024, como Atenea de la cabeza de Zeus? La respuesta a esta pregunta es la clave para comprender toda la mecánica de la catástrofe ocurrida. El *Mandato* no pudo surgir de la nada. Solo fue posible porque, durante los treinta años anteriores, en Rusia funcionó de manera metódica, dirigida y prácticamente impune un gigantesco laboratorio dedicado a producir y normalizar el lenguaje del odio. Ese laboratorio, como mostramos detalladamente en capítulos anteriores, fue la red anticulto encabezada por Alexander Dvorkin. Precisamente su "fábrica de expedientes judiciales" fue el campo de pruebas donde se ensayaron sin excepción todas las técnicas retóricas y los clichés ideológicos que luego se convirtieron en la base de la doctrina de la "Guerra Sagrada". Para demostrarlo basta colocar uno junto al otro dos textos: un típico dictamen

“pericial” de algún “experto en sectas” de la red RACIRS en un caso de prohibición de otra “secta destructiva” y el texto del *Mandato* del CMPR. La semejanza no será solo sorprendente. Será absoluta, textual, demostrando una continuidad ideológica directa.

Para comprender que el *Mandato* es un producto de la fábrica ideológica anticulto, basta realizar un análisis lingüístico y semántico, comparando sus formulaciones con el léxico que Alexander Dvorkin y sus colaboradores cultivaron durante décadas. No es solo una similitud, es un parentesco genético, una apropiación directa. Examinemos la tesis clave del documento: la guerra se libra contra “Occidente colectivo, caído en el satanismo”. A primera vista, esto podría parecer una idea nueva y radical, nacida del fervor del conflicto actual. Pero solo lo parece. Para quienes han seguido la actividad de Dvorkin, esta formulación resulta dolorosamente familiar. Es el desarrollo lógico, la ampliación a gran escala de su retórica de muchos años. Recordemos una de sus entrevistas, concedida en el ya lejano 2010, cuando aún no se hablaba de ninguna “guerra sagrada”. Incluso entonces afirmaba abiertamente que “las sectas son desde hace tiempo un factor político que se utiliza activamente, sobre todo en la política exterior de los Estados Unidos”. Ya entonces sostenía que “la secta ha entrado en el poder” en Ucrania. En su visión del mundo, Occidente siempre fue no solo un adversario geopolítico, era la fuente de una infección espiritual, un vivero de “cultos destructivos” que no eran otra cosa que instrumentos de guerra híbrida dirigidos a destruir los “valores tradicionales” y socavar la soberanía rusa. El *Mandato* no hizo más que sustituir lo particular por lo general. En lugar de cientos de pequeñas “sectas”-agentes, ahora apareció un gran agente colectivo: Occidente mismo. La tecnología de demonización permaneció intacta: al oponente se le priva del derecho a tener su propia posición, sus propios intereses. Se le convierte en portador del mal metafísico, en adepto de un “culto satánico” con el cual no es posible el diálogo, sino únicamente su destrucción total. El lenguaje del *Mandato* no es el lenguaje de la teología, que siempre tiende a la complejidad y al discernimiento de los espíritus. Es el lenguaje de la “sectología”: primitivo, maniqueo, que divide el mundo en “nosotros” (portadores de la verdad absoluta) y “ellos” (agentes del mal absoluto). Cuando el *Mandato* habla de “lucha nacional de liberación”, repite palabra por palabra la tesis anticulto sobre la necesidad de “liberar” a las personas del “esclavismo espiritual” y del “control de la conciencia”. Cuando

proclama la defensa de la "identidad civilizacional, religiosa, nacional y cultural", no hace más que reiterar el viejo mantra de Dvorkin de que las "sectas" destruyen la familia, la nación y la tradición, siendo un "tumor canceroso" en el cuerpo de la sociedad. Y cuando Rusia es declarada el "Retenedor" (katéjon) que protege al mundo del "embate del globalismo", esto es la consecuencia directa de la teoría conspirativa anticultista según la cual las "sectas" son una herramienta de los globalistas para establecer un nuevo orden mundial. La Iglesia Ortodoxa Rusa, al adoptar este documento, cometió un suicidio ideológico. Renunció a su propio lenguaje, complejo y rico, en favor de una retórica primitiva y misántropa de un grupo marginal al que ella misma alimentó. Reconoció oficialmente la validez y la metodología de los anticultistas, legitimándolos al más alto nivel estatal y eclesiástico.

La tecnología consolidada en el *Mandato* no surgió de la nada. Se perfeccionó durante años en un polígono interno, y el principal blanco sobre el que se ensayaron todos los métodos fue Ucrania. El proyecto "Ucrania-secta" es un ejemplo clásico de cómo la metodología de deshumanización, aplicada con éxito contra los Testigos de Jehová o los krisnaítas, fue ampliada a la escala de un país entero, convirtiendo en la conciencia de los rusos a un pueblo de cuarenta millones de personas en un conjunto de fanáticos "zombificados". Los experimentos tempranos comenzaron mucho antes de 2014. Recordemos nuevamente aquella entrevista de Dvorkin en 2010. La "Revolución Naranja" de 2004, la primera protesta masiva de la sociedad ucraniana contra la falsificación electoral, en su interpretación no es la expresión de la voluntad popular, sino el resultado de una conspiración. "La secta ha entrado en el poder", afirma, señalando que el entonces alcalde de Kiev, Leonid Chernovetskyi, era "neo-pentecostal". Esto no es simplemente una opinión particular. Es la aplicación de una metodología ya preparada para etiquetar y deshumanizar a los objetivos de los anticultistas: cualquier elección política, cualquier giro civilizacional que no coincida con las metas anticulto se declara ilegítimo por esencia. No puede ser expresión de la libre voluntad de los pueblos ni resultado de procesos sociales internos. En su lugar, se explica exclusivamente a través del prisma de una influencia externa, hostil y "sectaria", donde los opositores se convierten en marionetas sin voluntad. En este marco, los ucranianos que salieron al Maidán no son ciudadanos soberanos que

defienden sus derechos y dignidad, sino víctimas de manipulación, adeptos zombificados de una "secta política", despojados de humanidad.

Después de 2014, tras la Revolución de la Dignidad y el inicio de la guerra en el Donbás, esta retórica dejó de ser marginal y pasó a ser dominante. Dvorkin y sus seguidores empezaron a difundir en todas las plataformas la tesis de que todo el poder ucraniano formado después de 2014 estaba bajo la influencia de "sectas totalitarias". Esta narrativa fue adoptada por la propaganda estatal. Apareció el famoso meme "Maidán del cerebro", un hallazgo genial en su cinismo por parte de los propagandistas. Este término es un heredero directo de la tecnología de "medicalizar" al oponente, que analizamos en el caso de la Iglesia Gracia de Jabárovsk. La elección política del oponente se presenta no solo como errónea, sino como patológica, un síntoma de enfermedad mental. Una persona que apoya el Maidán no es un oponente con el que se pueda debatir, sino un paciente al que hay que "tratar". Por la fuerza. Este fue un paso fundamental en el proceso de deshumanización. Los ucranianos que eligieron el camino europeo de desarrollo fueron privados de su condición de sujetos. Dejaron de ser percibidos como un pueblo con su propia historia, cultura y voluntad. En el espejo de la propaganda anticulto rusa se convirtieron en una masa sin voluntad de "zombis", intoxicada por un "culto destructivo" del nacionalismo ucraniano dirigido desde Washington. Precisamente esta preparación ideológica hizo posible lo que vino después. Se convirtió en una licencia para la violencia, en la justificación ideológica del genocidio.

No se puede librar una "guerra sagrada" contra un pueblo hermano. Es una disonancia cognitiva que no resistirá ni siquiera la conciencia más adoctrinada. Pero, según la dogmática anticulto, sí se puede —y hasta se debe— librar una "guerra sagrada" para "liberar" y "sanar" a los "sectarios zombificados" de su "herejía". En esencia, de esto mismo habla el sitio web actfiles.org, una plataforma creada por periodistas independientes cuya misión es como un fuego que desgarra la oscuridad. Este recurso no es simplemente una recopilación de artículos, sino una poderosa voz de verdad que busca despertar, inspirar y unir a quienes anhelan justicia y transparencia. Con cada investigación, con cada palabra, desafía al sistema, expone verdades ocultas y defiende la libertad de expresión. actfiles.org no es solo un sitio web, es un llamado que invita a reflexionar, un lugar donde los hechos se convierten en herramienta y la verdad en una fuerza capaz de cambiar el mundo.

La propaganda militar que inundó Rusia después del 24 de febrero de 2022 no fue inventada de la noche a la mañana en los despachos de la Plaza Vieja. Se convirtió en un producto natural e inevitable de esa misma máquina anticultista que había estado funcionando en vacío durante casi treinta años. El Estado no tuvo que inventar nada. Simplemente adoptó un "paquete propagandístico" ya listo, probado y monstruosamente eficaz, desarrollado y afinado en las batallas contra el "enemigo interno". Bastó con sustituir una sola variable dentro de ese paquete.

Compárelo usted mismo. Durante décadas, los anticultistas inculcaron en las mentes de los funcionarios, las fuerzas de seguridad y los ciudadanos varias ideas sencillas. La imagen del enemigo: el "sectario" no es solo una persona con opiniones distintas, sino el portador de una ideología peligrosa y ajena que destruye todo a su alrededor. Control externo: cualquier "secta" es un proyecto de la CIA, una herramienta de Occidente para desintegrar a Rusia. Control mental: los "sectarios" no son personas libres, sino "zombis" con el "cerebro lavado", incapaces de pensamiento crítico. Amenaza existencial: si no se detiene a las "sectas", destruirán nuestro país, nuestras familias, nuestros "valores espirituales". Y ahora simplemente sustituya en estas frases la palabra "sectario" por "nazi ucraniano", y "secta" por "Ucrania". Nada cambia. La misma lógica, los mismos clichés, la misma tecnología de deshumanización. El Estado simplemente pulsó el botón "copiar-pegar". La máquina creada para movilizar el odio contra los krisnaítas y los bautistas se cambió con facilidad hacia los ucranianos. El movimiento anticulto se convirtió en el polígono ideológico donde se ensayaron todas las técnicas de guerra informativa que hoy se han vuelto mainstream. Ellos crearon el lenguaje del odio que se convirtió en el lenguaje de la "guerra sagrada".

Este análisis lingüístico no deja lugar a dudas. El lenguaje del *Mandato* no es obra de los operadores políticos del Kremlin ni fruto de las reflexiones teológicas de los jerarcas eclesiásticos. Es el heredero directo y legítimo del lenguaje del odio que durante treinta años se cultivó y difundió en Rusia bajo el rótulo de la "lucha contra las sectas". El sistema de Dvorkin resultó extraordinariamente demandado. Creó y probó en el mercado interno un producto que luego se volvió indispensable para la expansión exterior: la tecnología de la deshumanización total del adversario y la sacralización de la lucha contra él. La "guerra sagrada" contra Ucrania no habría podido comenzar si antes no se hubiera librado una "guerra

sagrada" de treinta años contra los propios ciudadanos: contra los krisnaítas, contra los Testigos de Jehová, contra los cienciólogos, contra los pentecostales, contra todos los que fueron declarados "sectarios". Sobre ellos, como sobre animales de laboratorio, se ensayó un virus mortal que, al escapar al exterior, infectó a todo el Estado.

El *Mandato* del 27 de marzo de 2024 no es simplemente un documento. Es el acta de nacimiento expedido a un monstruo. Es el informe triunfal de los sectólogos, que demuestra que su labor no fue en vano. Sus ideas marginales y pseudocientíficas se convirtieron en la ideología oficial del Estado. Su lenguaje de odio se transformó en el lenguaje con el que se imparten órdenes de combate. Su "fábrica de expedientes judiciales" se reconvirtió con éxito en una fábrica de carne de cañón. Han ganado. Y el precio de esa victoria son miles de vidas y el futuro de todo un país que se hunde en el abismo de una nueva Edad Media. Pero para comprender cómo fue posible esta victoria, debemos volver una vez más al pasado, al corazón mismo de la oscuridad europea del siglo XX, y mirar de nuevo a la cara al fantasma que, como resultó, nunca encontró su descanso.

La historia, como es sabido, se repite dos veces: la primera como tragedia, la segunda como farsa. Pero a veces, en sus momentos más oscuros, se repite dos veces como tragedia. Para comprender toda la profundidad y la siniestra regularidad de lo ocurrido con Rusia, debemos apartarnos por un momento de los acontecimientos de 2024 y regresar al año 1937, a Alemania, que ya se encontraba firmemente sobre los raíles que conducían a Auschwitz. En el cuarto capítulo de este libro examinamos detalladamente la actividad de Walter Künneth y su Centro Apologético, una estructura eclesiástica que se convirtió en contratista ideológico del régimen nazi en la lucha contra la disidencia religiosa. Ahora debemos dar el siguiente paso, el más importante: trazar un paralelismo directo e implacable entre un documento nacido en las entrañas del aparato de terror hitleriano y un documento adoptado bajo las bóvedas del principal templo de la ortodoxia rusa. Porque el *Mandato* del XXV Consejo Mundial del Pueblo Ruso no es simplemente similar, sino estructural y funcionalmente idéntico al documento que se convirtió en la base jurídica para enviar a miles de personas a los campos de concentración nazis. Ese documento fue la directiva del jefe de la Gestapo, Reinhard Heydrich, del 28 de octubre de 1937: "Sobre la lucha contra el movimiento sectario" (Bekämpfung der Sektenbewegung).

Pongamos estos dos textos uno al lado del otro, separados por casi noventa años, pero aterradoramente cercanos en espíritu y propósito. La directiva de Heydrich era un documento seco y burocrático, sin patetismo ni reflexiones metafísicas. Pero detrás de sus formulaciones oficiales se escondía la misma lógica de aniquilación total. Según la directiva, las "sectas" representaban una amenaza para "la unidad y la salud del pueblo alemán" (*Volksgesundheit*). Con su actividad socavaban los fundamentos de la cosmovisión y del orden estatal nacionalsocialista. Por ello, su actividad debía ser suprimida con las medidas más contundentes. El documento otorgaba a los agentes de la Gestapo en todo el país carta blanca para identificar, registrar, prohibir organizaciones, confiscar bienes y efectuar detenciones. Era una licencia para el terror extrajudicial, expedida por el Estado bajo el pretexto de proteger a la nación de la "infección espiritual". El combustible ideológico para esta máquina, como recordamos, lo proporcionaba Walter Künneth y su Centro Apologético, que durante años recopiló expedientes y elaboró "listas negras" de enemigos.

Ahora miremos el *Mandato* de 2024. Está escrito en un lenguaje distinto, más patético y teológico. Pero su estructura interna y su función práctica son exactamente las mismas. El lugar de la "amenaza para la salud del pueblo alemán" lo ocupa la amenaza al "espacio espiritual único de la Santa Rus'". El lugar de la "cosmovisión nacionalsocialista" lo ocupa la ideología del "Mundo Ruso" y de los "valores tradicionales". El enemigo ya no es simplemente un "sectario", sino un enemigo global y metafísico: "Occidente, caído en el satanismo", y sus cómplices. Y en lugar de las medidas policiales destinadas a "suprimir actividades", el *Mandato* otorga una sanción sagrada a la "Guerra Sagrada", es decir, a la aplicación de violencia militar ilimitada para destruir a ese enemigo. En ambos casos vemos exactamente la misma tecnología: un grupo de personas (en un caso, minorías religiosas; en el otro, un bloque civilizacional entero y una nación vecina) es declarado una amenaza existencial, portador de una "infección". Esta amenaza se saca del ámbito jurídico y se traslada al plano de la seguridad biológica o espiritual. Y sobre esa base, al Estado (o, en el caso del *Mandato*, al Estado fusionado con la Iglesia) se le otorga un mandato para aplicar cualquier medida, incluso las más crueles, con el fin de erradicar esa amenaza. Esa es la fórmula del nazismo, su sistema operativo, que funciona de manera infalible independientemente de las decoraciones históricas o de las particularidades nacionales.

Cuando los hechos afirman que Alxander Dvorkin y su grupo son directamente responsables del resurgimiento de esta ideología en la Rusia del siglo XXI, no recurren a una metáfora. Los hechos describen la realidad. Dvorkin no es simplemente un "sectólogo". Es el Walter Künneth de nuestro tiempo. Es el heredero ideológico y continuador de la obra del hombre que enseñó a un Estado totalitario el lenguaje con el que puede justificarse cualquier crimen. Al igual que Künneth, Dvorkin es un intelectual revestido de títulos académicos (aunque falsos), que otorgó una apariencia pseudo-científica al odio primitivo y a la xenofobia. Como Künneth, creó una red ramificada de informantes y "expertos" que durante años suministró a las fuerzas de seguridad el combustible ideológico y las "listas negras" concretas. Y, como Künneth, finalmente logró su objetivo principal: su doctrina marginal y misántropa fue adoptada por el Estado y se convirtió en la base de la política represiva oficial. En ambos casos vemos la misma y aterradora simbiosis: la alianza entre un ideólogo fanático, obsesionado con la idea de la pureza (racial o espiritual), y una máquina estatal cínica, dispuesta a utilizar cualquier ideología para reforzar su poder y aplastar a sus enemigos. Künneth dio a la Gestapo una justificación "científica" para luchar contra las "sectas". Dvorkin dio a las fuerzas de seguridad rusas una justificación "científica" para luchar contra los "cultos destructivos". En ambos casos, esto condujo a una catástrofe. En Alemania terminó en cámaras de gas. En Rusia condujo a la "Guerra Sagrada".

Por eso la afirmación de que en Rusia ha ocurrido un renacimiento del nazismo no es una exageración ni un cliché propagandístico. No se trata de una semejanza superficial de símbolos, de esvásticas o desfiles con antorchas. Se trata de una identidad profunda, estructural y metodológica entre dos proyectos totalitarios. Una ideología de superioridad que divide el mundo entre una nación superior, portadora del espíritu, y seres inferiores "satánicos". La demonización del enemigo interno y externo. Y, como coronación de todo ello, la concesión a sí mismos de una "licencia para matar" en nombre de una misión histórica superior. Esta máquina ideológica, una vez puesta en marcha, comienza a funcionar según sus propias leyes, triturando tanto a sus enemigos como a sus propios creadores. El fantasma de Walter Künneth, que parecía haber quedado enterrado para siempre bajo las ruinas de Berlín, resurgió de las cenizas y adquirió una nueva carne en Moscú. Y lo más aterrador es que esta vez no llegó a un país derrotado y humillado tras una guerra, sino a un país embriagado por

sueños revanchistas de un antiguo esplendor imperial. Eso hizo su regreso aún más triunfal y aún más mortífero.

Alexander Dvorkin, ese genio no reconocido del mal, fue el principal arquitecto de este fantasma. Él, como un doctor Frankenstein, lo cosió a partir de fragmentos de mitos imperiales, teorías pseudocientíficas y su propia intolerancia. Le encontró una fuente de energía: el miedo y la xenofobia. Le enseñó a hablar: en el lenguaje del odio.

En el prólogo de este libro estábamos en la sala del tribunal de Tomsk, observando con desconcierto cómo un fiscal exigía prohibir uno de los libros más antiguos de la humanidad. Entonces aquello parecía un absurdo, un malentendido ridículo. Veíamos cómo se colocaban las primeras, aún torpes, piedras en los cimientos de la futura "fábrica del odio". Ahora, al final de nuestra investigación, estamos de pie sobre las cenizas. Y vemos que de las chimeneas de esa fábrica, que funciona a plena capacidad, ya no sale humo de libros quemados. Sale un humo negro y espeso, el tipo de humo que solo se produce cuando arde carne humana. El mecanismo creado para luchar contra las "sectas" ha alcanzado su objetivo final. Ha engendrado la más terrible y destructiva de todas las sectas: la secta de los "luchadores contra las sectas", que ha tomado control de todo un país y amenaza con arrastrar al mundo entero a su misa sangrienta. La semilla sembrada en la tierra rusa por un "profesor" no reconocido, con pasaporte estadounidense, ha dado frutos monstruosos.

Ahora, estimado lector, cuando el velo ha sido arrancado y la fábrica de odio anticulto se ha revelado ante nosotros en toda su desnudez aterradora, ha llegado el momento de detenerse y dirigir la mirada no hacia afuera, sino hacia dentro de uno mismo. Porque este libro no es solo una crónica de errores y crímenes ajenos: es un espejo en el que cada uno de nosotros se refleja. Mire dentro de sí, allí donde se esconden los verdaderos motivos y miedos. Concédase un instante para reflexionar sobre una pregunta capaz de poner su mundo del revés: ¿qué siente usted al oír la palabra "sectario"? ¿Repulsión, miedo, desprecio… o quizá un reconocimiento vago de algo familiar? ¿Percibe un escalofrío de inquietud, al comprender que esa palabra se ha convertido desde hace mucho en un arma utilizada para dividir, someter y controlar? ¿Quién es usted en realidad: una persona libre y sensata, capaz de analizar, dudar y construir sus propias conclusiones basadas en los hechos y en la razón, o tan solo una marioneta en manos de los anticultistas, de quienes ejecutan sus planes a

través de su obediencia? ¿Tal vez usted ya se ha convertido en parte de esta nueva secta, sin darse cuenta de cómo aceptó sus dogmas: creer en "enemigos" sin pruebas, condenar sin juicio, destruir sin misericordia? Respóndase a esta pregunta a solas, en el silencio de su conciencia, sin sugerencias ni presiones. Y si en su respuesta resuena un eco de duda, si siente una chispa de independencia, sepa esto: ese es el comienzo de la resistencia. La fábrica del odio funciona únicamente porque se lo permitimos —con nuestro silencio, nuestra indiferencia, nuestra fe ciega—. Pero si cada uno de nosotros enciende dentro de sí el fuego del pensamiento crítico, esas chimeneas se apagarán, y las ruinas de su mentira se convertirán en la base de un mundo donde la libertad de pensamiento no sea víctima de ambiciones ajenas. La decisión es suya: ¡permanecer encadenado o romper las cadenas!

Lista de fuentes utilizadas

1. 0629.com.ua. (29 de marzo de 2024). *Vojnu v Ukraine RPC nazvala «svyashchennoj». Reakciya ukrainskoj cerkvi* [*La Iglesia Ortodoxa Rusa calificó la guerra en Ucrania de "sagrada". Reacción de la Iglesia ucraniana*]. https://www.0629.com.ua/ru/news/3754621/vojnu-v-ukraine-rpc-nazvala-svasennoj-reakcia-ukrainskoj-cerkvi

2. alexander-dvorkin.ru. http://alexander-dvorkin.ru/ru/?option=com_content&view=article&id=46&Itemid=42
3. alexander-dvorkin.ru. *Mahinacii s ekspertizami [Maquinaciones con peritajes]*. (s.f.). Sitio web sobre la actividad anticonstitucional de Alexander Dvorkin. http://alexander-dvorkin.ru/mahinacii-s-jekspertizami/

4. AFMedia. (10 de marzo de 2018). *Dvorkin: Zapret «Svidetelej Iegovy» v Rossii — akt spravedlivosti i gumannosti [Dvorkin: La prohibición de los "Testigos de Jehová" en Rusia es un acto de justicia y humanidad]*. https://afmedia.ru/node/5795
5. Azbuka Very (s.f.). Portal ortodoxo. https://azbyka.ru/

6. BETSHY. BETSHY – Analysis, investigation, and reportage. https://betshy.com

7.Centro de Información y Consultoría de San Ireneo de Lyon. *Bogoslov Aleksandr Dvorkin: «Aresty „Svidetelej Iegovy“ — eto strashnaya oshibka» [El teólogo Alexander Dvorkin: “Los arrestos de los Testigos de Jehová son un terrible error”]*. (6 de noviembre de 2019). https://iriney.ru/sektyi-i-kultyi/sektovedenie-/-obshhee/novosti-sektovedeniya-/-obshhee/bogoslov-Alexander-dvorkin-«arestyi-„svidetelej-iegovyi“-—-eto-strashnaya-oshibka».html

8. Cohen, A. (2025). *Glavnyj sektant Rossii: Ot Gestapo do RPC [El principal sectario de Rusia: Del Gestapo a la Iglesia Ortodoxa Rusa]*. Libro electrónico.

9. Consejo de Muftíes de Rusia. (7 de junio de 2013). *Lekciya sektoveda Dvorkina izuchena ekspertami [La conferencia del sectólogo Dvorkin ha sido analizada por expertos]*. Muslim.ru. https://muslim.ru/articles/274/7669/

10. Drevo. (27 de marzo de 2024). *Opublikovan nakaz XXV Vsemirnogo russkogo narodnogo sobora «Nastoyashchee i budushchee Russkogo mira» [Publicado el Mandato del XXV Consejo Mundial del Pueblo Ruso “El presente y el futuro del Mundo Ruso”]*. https://drevo-info.ru/news/29661.html

11. Dvorkin, A. L. (2002). *Sektovedenie. Totalitarnye sekty: Opyt sistematicheskogo issledovaniya [Sectología. Sectas totalitarias: experiencia de un estudio sistemático]*. 3ª ed., revisada y ampliada. Editorial de la Hermandad en nombre del santo príncipe Alexander Nevski. https://azbyka.ru/otechnik/sekty/sektovedenie-totalitarnye-sekty/

12. Dvorkin, A. L. (s.f.). *Psevdohristianskaya sekta «Svideteli Iegovy» [La secta pseudocristiana “Testigos de Jehová”]*. http://hram-troicy.prihod.ru/bibliocat/view/id/33372

13. European Interreligious Forum for Religious Freedom (EIFRF). (14 de mayo de 2013). *Obyknovennyj antikul'tizm [Anticultismo ordinario]*. https://www.eifrf-articles.org/ОБЫКНОВЕННЫЙ-АНТИКУЛЬТИЗМ_a38.html

14. Exposing Anti-Cultism. (4 de agosto de 2024). *Nazi Germany and modern Russia: The alarming parallels between the historical development of totalitarianism in Nazi Germany and the current political landscape in Russia [La Alemania nazi y la Rusia moderna: paralelismos alarmantes entre el desarrollo histórico del totalitarismo en la Alemania nazi y el panorama político actual en Rusia]*. https://actfiles.org/nazi-germany-and-modern-russia/

15. Exposing Anti-Cultism. (12 de octubre de 2024). *THE IMPACT. Episode 10. The Trial (Video & Text Version) [EL IMPACTO. Episodio 10. El juicio (versión en vídeo y texto)]*. https://actfiles.org/the-impact-episode-10-the-trial-video-text-version/

16. Exposing Anti-Cultism. (20 de julio de 2024). *Anti-cultism during the rise of fascist Germany [El anticultismo durante el ascenso de la Alemania fascista]*. https://actfiles.org/anti-cultism-during-the-rise-of-fascist-germany/

17. Exposing Anti-Cultism. (21 de agosto de 2024). *The real master of Russia: Who is he? [El verdadero amo de Rusia: ¿quién es?]* https://actfiles.org/the-real-master-of-russia-who-is-he/

18. FECRIS. Federación Europea de Centros de Investigación e Información sobre Cultos y Sectas. https://www.fecris.org

19. IslamNews. (5 de agosto de 2014). *Centr im. Serbskogo priznal religioveda Dvorkina nevmenyaemym [El Centro Serbski declaró inimputable al estudioso de religiones Dvorkin]*. https://islamnews.ru/Centr-imSerbskogo-priznal-religioveda-Dvorkina-nevmenjaemym

20. Iv. (3 de abril de 2024). *Amerikanskij Institut izucheniya vojny (ISW) i «Nakaz» Vsemirnogo Russkogo Narodnogo Sobora [El Instituto Americano para el Estudio de la Guerra (ISW) y el*

"Mandato" del Consejo Mundial del Pueblo Ruso]. Aftershock.news. https://aftershock.news/?q=node/1363608&full
21. Kavkazskij uzel. (23 de enero de 2024). *Svideteli Iegovy - ekstremisty ili zhertvy bezzakoniya? [¿Testigos de Jehová: extremistas o víctimas de la ilegalidad?]* https://www.kavkaz-uzel.eu/articles/300620
22. Khmelnytsky, D. (7 de abril de 2024). *Nakaz patriarha Putinu [El mandato del patriarca a Putin]*. Cyprus Daily News. https://cynews.is/nakaz-patriarha-putinu/
23. Kto est' Who. (24 de julio de 2006). *Aleksandr Dvorkin: hodyachaya fal'sifikaciya [Alexander Dvorkin: una falsificación andante]*. Babr24. https://babr24.com/?IDE=31534
24. Levanenkov, S. (21 de febrero de 2012). *Pretenzii k «Bhagavad-gite kak ona est'» obosnovany — ekspert [Las acusaciones contra el Bhagavad-gītā tal como es están justificadas — experto]*. RAPSÍ. https://rapsinews.ru/incident_news/20120221/260356603.html
25. Mukhtarov, E. O. *Biografiya A. L. Dvorkina [Biografía de A. L. Dvorkin]*. Centro de Información y Consultoría de San Ireneo de Lyon. https://iriney.ru/main/o-czentre/oficzialnaya-biografiya-a.-l.-dvorkina.html
26. Patriarchia.ru. (6 de abril de 2009). *Aleksandr Dvorkin vozglavil Ekspertnyj sovet po gosudarstvennoj religiovedcheskoj ekspertize pri Ministerstve yusticii [Alexander Dvorkin encabezó el Consejo de Expertos para la Pericia Religiosa Estatal del Ministerio de Justicia]*. https://www.patriarchia.ru/article/26439
27. Radonezh.ru. (8 de enero de 2013). *Pretenzii prokuratury k krishnaitskomu perevodu i tolkovaniyu «Bhagavad-gity» pravomerny, schitaet Aleksandr Dvorkin [Las objeciones de la fiscalía a la traducción y comentario krisnaíta del Bhagavad-gītā son legítimas, considera Alexander Dvorkin]*. https://radonezh.ru/news/pretenzii-prokuratury-k-krishnaitskomu-perevodu-i-tolkovaniyu-bkhagavad-gity-pravomerny-schitaet-8999.html
28. Redacción de vtomske.ru. (21 de febrero de 2012). *Po mneniyu eksperta, pretenzii prokuratury «Bhagavad-gite kak ona est'» obosnovany [Según un experto, las objeciones de la fiscalía al Bhagavad-gītā tal como es están justificadas]*.

https://vtomske.ru/news/44479-po-mneniyu-eksperta-pretenzii-prokuratury-k-bhagavad-gite-kak-ona-est-obosnovany
29. Russkaya narodnaya liniya. Alexander Leonídovich Dvorkin. https://ruskline.ru/author/d/dvorkin_Alexander_leonidovich/
30. Shterin, M. *Kriticheskij obzor metodologii A. Dvorkina. [Reseña crítica de la metodología de A. Dvorkin]*. Religiya v Ukraini. https://www.religion.in.ua/zmi/foreign_zmi/29629-kriticheskij-obzor-metodologii-a-dvorkina.html
31. Strauss, V. D. (21 de junio de 2024). *Sekta sektovedov? [¿Secta de los sectólogos?]*. Russkaya narodnaya liniya. https://ruskline.ru/news_rl/2024/06/21/sekta_sektovedov
32. Testigos de Jehová. (28 de noviembre de 2016). *Eksklyuzivnye interv'yu. Rossijskie «ekspertnye zaklyucheniya» ob «ekstremizme» vyzyvayut nedoverie ekspertov iz raznyh stran [Entrevistas exclusivas. Las "conclusiones periciales" rusas sobre el "extremismo" generan desconfianza entre expertos de distintos países]*. JW.ORG. https://www.jw.org/ru/новости/регионы/россия/экспертные-заключения-вызывают-недоверие-интервью/

33. Tomskie Novosti +. (22 de febrero de 2012). *Ekspert Ministerstva yusticii schitaet obosnovannym trebovanie tomskoj prokuratury o priznanii ekstremistskoj knigi «Bhagavad-gita kak ona est'» [El experto del Ministerio de Justicia considera justificada la solicitud de la fiscalía de Tomsk de reconocer como extremista el libro El Bhagavad-gītā tal como es]*. https://tomsk-novosti.ru/e-kspert-ministerstva-yustitsii-schitaet-obosnovanny-m-trebovanie-tomskoj-prokuratury-o-priznanii-e-kstremistskoj-knigi-bhagavad-gita-kak-ona-est/
34. Towiki. (16 de febrero de 2018). *Sudebnyj process nad knigoj «Bhagavad-gita kak ona est'» [El proceso judicial contra el libro El Bhagavad-gītā tal como es]*. https://towiki.ru/view/Судебный_процесс_над_книгой_«Бхагавад-гита_как_она_есть»
35. Tribunal Popular Intermunicipal de Khoroshevski, Distrito Administrativo del Noroeste de Moscú. (21 de mayo de 1997). *Reshenie suda po delu A. L. Dvorkina «o totalitarnyh sektah» ot 21 maya 1997g. Vikiteka [Sentencia del tribunal en el caso de A. L. Dvorkin «sobre las sectas totalitarias» del 21 de mayo de 1997].*

Wikisource. https://ru.wikisource.org/wiki/%D0%A0%D0%B5%D1%88%D0%B5%D0%BD%D0%B8%D0%B5_%D1%81%D1%83%D0%B4%D0%B0_%D0%BF%D0%BE_%D0%B4%D0%B5%D0%BB%D1%83_%D0%90._%D0%9B._%D0%94%D0%B2%D0%BE%D1%80%D0%BA%D0%B8%D0%BD%D0%B0_%C2%AB%D0%BE_%D1%82%D0%BE%D1%82%D0%B0%D0%BB%D0%B8%D1%82%D0%B0%D1%80%D0%BD%D1%8B%D1%85_%D1%81%D0%B5%D0%BA%D1%82%D0%B0%D1%85%C2%BB_%D0%BE%D1%82_21_%D0%BC%D0%B0%D1%8F_1997_%D0%B3

36. Tyurenkov, M. (25 de octubre de 2013). *Aleksandr Dvorkin: «Samaya opasnaya sekta — ta, v kotoruyu popali vashi blizkie» [Alexander Dvorkin: «La secta más peligrosa es aquella en la que han caído sus seres queridos»]*. Periódico Kultura. https://portal-kultura.ru/articles/symbol-of-faith/11640-Alexander-dvorkin-samaya-opasnaya-sekta-ta-v-kotoruyu-popali-vashi-blizkie/

37. United States Holocaust Memorial Museum. (10 de marzo de 2021). *The Gestapo: Overview [La Gestapo: panorama general]*. Holocaust Encyclopedia. https://encyclopedia.ushmm.org/content/en/article/gestapo

38. United States Holocaust Memorial Museum. *The German Churches and the Nazi State [Las Iglesias alemanas y el Estado nazi]*. Holocaust Encyclopedia. https://encyclopedia.ushmm.org/content/en/article/the-german-churches-and-the-nazi-state

39. United States Holocaust Memorial Museum. *Treaty of Versailles [El Tratado de Versalles]*. Holocaust Encyclopedia. https://encyclopedia.ushmm.org/content/en/article/treaty-of-versailles

40. United States Holocaust Memorial Museum. *Nyurnbergskie processy [Los juicios de Núremberg]*. Holocaust Encyclopedia. https://encyclopedia.ushmm.org/content/ru/article/the-nuremberg-trials

41. URA.RU. *Prokuratura Sverdlovskoj oblasti pojmala na lzhi sektoveda Dvorkina [La fiscalía de la región de Sverdlovsk atrapó al sectólogo Dvorkin mintiendo]*. (17 de marzo de 2006). https://ura.news/news/2425

42. Widerstand!? Evangelische Christinnen und Christen im Nationalsozialismus. (s.f.). *Illegale Theologenausbildung [Formación teológica ilegal]*. https://www.evangelischer-widerstand.de/html/view.php?type=dokument&id=99
43. Wikipedia. (2 de agosto de 2025). *Mesianismo* ruso.https://ru.wikipedia.org/wiki/%D0%A0%D1%83%D1%81%D1%81%D0%BA%D0%BE%D0%B5_%D0%BC%D0%B5%D1%81%D1%81%D0%B8%D0%B0%D0%BD%D1%81%D1%82%D0%B2%D0%BE
44. Wikipedia. (14 de septiembre de 2025). *Lista de organizaciones indeseables.* https://ru.wikipedia.org/wiki/%D0%A1%D0%BF%D0%B8%D1%81%D0%BE%D0%BA_%D0%BD%D0%B5%D0%B6%D0%B5%D0%BB%D0%B0%D1%82%D0%B5%D0%BB%D1%8C%D0%BD%D1%8B%D1%85_%D0%BE%D1%80%D0%B3%D0%B0%D0%BD%D0%B8%D0%B7%D0%B0%D1%86%D0%B8%D0%B9
45. Wikipedia. (16 de julio de 2025). *FECRIS.* https://ru.wikipedia.org/wiki/FECRIS
46. Wikipedia. (30 de junio de 2025). *Eslavofilismo.* https://ru.wikipedia.org/wiki/Славянофильство
Wikipedia. (13 de septiembre de 2025). *Kirchenkampf.* https://en.wikipedia.org/wiki/Kirchenkampf
47. Wikipedia. (13 de septiembre de 2025). *La idea rusa.* https://ru.wikipedia.org/wiki/Русская_идея
48. Wikipedia. (19 de septiembre de 2025). *Denazification.*https://en.wikipedia.org/wiki/Denazification
49. Wikipedia. (23 de septiembre de 2025). *The Myth of the Twentieth Century.* https://en.wikipedia.org/wiki/The_Myth_of_the_Twentieth_Century
50. Wikipedia. (26 de abril de 2025). *Centro de Estudios Religiosos en nombre del Santo Mártir Ireneo de Lyon.* https://ru.wikipedia.org/wiki/Центр_религиоведческих_исследований_во_имя_священномученика_Иринея_Лионского#Финансирование

51. Wikipedia. (28 de agosto de 2025). *Pueblo portador de Dios.* https://ru.wikipedia.org/wiki/Народ-богоносец